

## CAPÍTULO XVI

### ÚLTIMO AÑO DE LA VIDA DE LA SIERVA DE DIOS

Cronológicamente este postrer tramo de la vida de la Madre Elisea, coincide con una situación política muy clara y definida de la historia de España: el advenimiento y proclamación de la II República. Esta coincidencia, al parecer, influyó en su salud que se vio profundamente afectada por los cambios y disturbios políticos. Su dolor y sufrimiento moral, aceleró la hora de su muerte. Transcribiremos algunos apuntes históricos que ayuden a conocer los motivos de preocupación y zozobra a los que estuvo sometida la Sierva de Dios, precisamente cuando se hallaba más escasa de fuerzas físicas. Y por último, recogeremos los acontecimientos y testimonios relacionados con su última enfermedad, muerte, funerales y sepultura.

#### **1. Situación política española**

El ambiente político de casi todo el siglo XIX y primera parte del XX, fue turbulento e inestable, y bajo este signo transcurrió la existencia entera de la M. Elisea. Pero al final de sus días el clima se tornó aún más hostil, entre el Gobierno y las instituciones eclesiales.

##### *a) Advenimiento de la Segunda República*

El primer ensayo de república federal, se había realizado en España desde febrero de 1873 hasta enero del siguiente año, cuando la Sierva de Dios apenas si empezaba a tener uso de razón. En sólo once meses se estrenaron cuatro presidentes (Figueras, Pi y Margall, Salmerón y Castelar); el federalismo se impuso y muchas ciudades alzaron su bandera de independencia frente al poder central, de modo que iban saliendo a flote viejos odios regionales y “España entera se descuartizaba”<sup>1</sup>.

Aunque el gobierno republicano era para los españoles de triste memoria, las ideas izquierdistas tenían fuerte arraigo, sobre todo, en un reducido pero cualificado grupo de intelectuales<sup>2</sup> que, avanzado ya el

---

<sup>1</sup> COMELLAS, 396.

<sup>2</sup> La conocida como generación del 98, analizó críticamente la situación española, de modo que los inicios del siglo XX se presentaban envueltos en numerosos problemas: político, social, regionalista, militar y religioso. Se conoció como el “problema de España”; sin embargo, en opinión de Comellas, esta época en sí no fue más dificultosa que las precedentes (Cf. *Ibíd.*, 463).

siglo XX, resucitaron la república, hundiendo la dictadura del general Primo de Rivera, en la última fase de la monarquía española.

En mayo de 1902 comenzó el reinado personal de Alfonso XIII, que cumplía entonces 17 años. Sus grandes decisiones estuvieron inspiradas en el profundo deseo de querer obrar de acuerdo con la opinión del país, iniciándose una “impresionante corriente de intervención de masas sucesivas del pueblo español en los asuntos políticos o sociales”<sup>3</sup>. Pero las fuerzas políticas, con que podía contar, estaban desgastadas y divididas de modo que los gobiernos se sucedían unos a otros con excesiva frecuencia<sup>4</sup>. Los grupos no seguían las ideologías liberales o conservadoras, sino a los políticos de turno: Maura, Prieto, Romanones, etc. dividiéndose en mauristas, prietistas, romanonistas, ... Los gobiernos continuaban inestables y débiles<sup>5</sup>.

Al parecer, no era posible que hombres tan distintos, aunque cada uno de ellos fuera muy valioso, pudieran gobernar juntos. Y el sistema de gobierno de coalición, hacia el año 1921 parecía haber llegado ya a su descomposición definitiva. Hasta el propio Alfonso XIII, llegó a pensar seriamente, en el verano de 1923, en su abdicación<sup>6</sup>.

Ante este callejón sin salida el general Primo de Rivera, que ocupaba la Capitanía General de Cataluña, se dispuso a remediar los males, mediante lo que ya estaba en la mente de muchos españoles: una dictadura militar. Y el 13 de septiembre dio un golpe de Estado. Por dicha causa, entre los años 1923 y 1930 se instaló en España un régimen dictatorial que dio algo de paz al país, elevando también su nivel económico. Aparentemente todo marchaba bien en aquellos “felices años veinte”; pero en realidad la Dictadura no había buscado un nuevo cauce político y el problema social se mantenía sin resolver, puesto que el gobierno necesitaba el apoyo de capitalistas y terratenientes, y por ello no quiso o no pudo afrontar la reforma agraria que España necesitaba. Las fuerzas socialistas, que en un principio habían pactado con la Dictadura, pasaron más tarde a la más acérrima

---

<sup>3</sup> *Ibid.*, 499.

<sup>4</sup> En los cuatro primeros años de reinado (1902-1906) hubo diez gobiernos, a razón de uno cada cuatro meses, “con la particularidad de que los conservadores duraban en el poder, por término medio, seis meses, y los liberales sólo tres” (*Ibid.*, 474).

<sup>5</sup> Entre 1913 y 1923 hubo, por término medio, un nuevo ministro cada nueve meses y desde 1917, uno cada seis meses. (Cf. *Ibid.*, 499).

<sup>6</sup> Cf. *Ibid.*, 520.

oposición. El regionalismo vasco y catalán, aunque se hallaba soterrado, continuó latiendo con fuerza.

La clase intelectual nunca había simpatizado con el régimen de Primo de Rivera, sino que se manifestaba afecto a las corrientes izquierdistas. Estas oposiciones al gobierno, incluida también la procedente del sector militar, eran más bien parciales hasta el inicio del año 1929, siendo la crisis económica el elemento desencadenante que dio al traste con la Dictadura<sup>7</sup>. Los grupos más activos y agresivos de la sociedad: intelectuales, viejos políticos, militares y dirigentes obreros, estaban en contra del gobierno y Primo de Rivera, viéndose solo y sin respaldo, decidió abandonar su puesto<sup>8</sup>.

Para resolver la difícil situación ante la que se encontraba la monarquía, se buscó una vía intermedia, que, sin regresar a la dictadura, ni al sistema anterior de la misma, volviera a la normalidad constitucional y al régimen de partidos políticos. Pero aquel gobierno presidido por Berenguer tampoco lo consiguió y en agosto de 1930 los republicanos firmaron el pacto de San Sebastián, suscribiendo un manifiesto en el que proclamaban la República, como única salida posible al atolladero político. De hecho, se creó allí un comité revolucionario permanente.

Las elecciones municipales del 12 de abril de 1931 dan el triunfo a los republicanos y socialistas en las grandes ciudades. El rey decide suspender el ejercicio del poder real, deja paso a la República y abandona el país. En la tarde del 14 de abril Alfonso XIII salía en automóvil hacia Cartagena y allí embarcaba en un buque de guerra, rumbo a Marsella. El mismo día, constituido el comité revolucionario en gobierno provisional, se proclama la República<sup>9</sup>.

#### *b) Repercusiones del cambio político en el ámbito religioso*

Unos días después de proclamada la Segunda República, el 3 de mayo, la M. Elisea se comunicaba epistolarmente con la M. Candelaria de San José Paz Castillo, fundadora de la Congregación Carmelita de

---

<sup>7</sup> El fenómeno conocido como la Gran Depresión, situado en la segunda mitad del año 1929 produjo un “crac” en cadena en las principales Bolsas mundiales, empezando por la de Nueva York. Este hecho influyó notablemente en España devaluándose la peseta hasta límites insospechados.

<sup>8</sup> A finales de enero de 1930 dimitía, abrumado por el fracaso de los últimos meses, muriendo unas semanas después. (Cf. COMELLAS, 548).

<sup>9</sup> Cf. AA.VV. *Nueva Historia de España*, II, *La Segunda República Española*, voz de Ricardo de la Cierva, Bilbao, Ed. Desclée de Brouwer, S. A. 1980, 827-828.

Venezuela y le decía sin titubeos: “En sus oraciones no se olviden de la pobre España, que por el cambio de gobierno, la Religión sin duda, se verá perseguida y por tanto la fe recibirá quebranto. Todos los religiosos estamos en expectativa de lo que sucederá”<sup>10</sup>. Sus palabras fueron un oráculo. Intuyó el vendaval que se avecinaba y estuvo certera en las predicciones. Las elecciones generales a Cortes Constituyentes, celebradas en la primera quincena de junio, dieron el triunfo claramente a los gobernantes republicanos. Se iniciaron con un discurso de Alcalá Zamora, que definió la República como la última de las revoluciones políticas y la primera de las revoluciones sociales. Pero el auténtico aspecto revolucionario del régimen, se puso de manifiesto en las relaciones con la Iglesia. El Gobierno provisional anunció que se establecería la libertad de creencias y cultos, lo que implicaba el carácter aconfesional del Estado.

A pesar de ello, la República en un principio creó algunas expectativas entre los intelectuales católicos y muchos curas párrocos que vivían en extrema pobreza. Incluso, desde la Nunciatura Apostólica de Madrid llegó a todos los obispos españoles, con fecha 24-4-1931, el siguiente comunicado: “De parte del Emmo.. Señor Cardenal Secretario de Estado de Su Santidad, me honro en comunicar a V. E. Rvdma. ser deseo de la Santa Sede que Vuestra Excelencia recomiende a los sacerdotes, a los religiosos y a los fieles de su diócesis, que respeten los poderes constituidos y obedezcan a ellos para el mantenimiento del orden y para el bien común”<sup>11</sup> Pero las esperanzas de convivencia pacífica entre la Iglesia y la República quedaron derrumbadas con estrépito, cuando se produjeron los incendios de templos el 11 de mayo de 1931<sup>12</sup>. Aunque la quema de iglesias y conventos, comenzada en Madrid, no rebasó la docena de edificios en esa ciudad, los días sucesivos ardieron más de un centenar de ellos en Málaga, Sevilla, Córdoba, Cádiz, Alicante, Valencia y otras ciudades, sin que las autoridades, desbordadas por los acontecimientos, emplearan la fuerza para detenerlos<sup>13</sup>.

---

<sup>10</sup> *ProcDoc.* IV, 158.

<sup>11</sup> *Boletín Oficial del Obispado de Orihuela*, Año L (1931), 177.

<sup>12</sup> Cf. *Nueva Historia de España*, 836.

<sup>13</sup> Su actitud pasiva estuvo motivada por el deseo de que no les calificaran como represores de la clase trabajadora, que encarnó el anticlericalismo popular más arraigado. A la Iglesia se le acusaba de falta de sensibilidad ante los problemas sociales, y los republicanos la consideraban un serio obstáculo para el desarrollo de sus reformas sindicales y corporativas.

Desde este momento, la Iglesia y la República se encuentran seriamente enfrentadas, en las personas de D. Antonio Maura, Ministro del Gobierno provisional, católico y conservador y el Cardenal Segura expulsado del país por Maura, junto al obispo de Vitoria, Mateo Múgica<sup>14</sup>

Unos meses más tarde, el 13 de octubre, Manuel Azaña, considerado como el hombre que mejor encarnó el espíritu de la República, en un famoso discurso pronuncia esta frase: “España ha dejado de ser católica”. Con esto “se consagraba el laicismo del Estado, se suprimía la Compañía de Jesús, se limitaban y controlaban las actividades de las órdenes religiosas, se acordaban dos años para la total extinción del presupuesto del clero”<sup>15</sup>. Los años posteriores fueron testigo del empeño de Manuel Azaña en llevar hasta el último extremo su programa contra las instituciones eclesiásticas.

La Santa Sede que, meses anteriores había recomendado se respetasen y obedecieran los poderes constituidos, no duda, por boca del Sumo Pontífice, en levantar una enérgica protesta “contra las múltiples ofensas irrogadas a los sacrosantos derechos de la Iglesia, que son los derechos de Dios y de las almas”, a la vez que comparte con las autoridades religiosas y con todos los fieles hijos de la Iglesia de España, “los daños y las penas del momento presente, no menos que las amenazas y el peligro del porvenir”<sup>16</sup>

En la católica Orihuela, donde se hallaba la Sierva de Dios, también repercutió esta oleada republicana de aversión hacia la Iglesia y de entusiasmo por la implantación del nuevo régimen<sup>17</sup>.

La expectativa era grande y el primer punto de ataque fue dirigido hacia el colegio de Santo Domingo que regentaban los padres jesuitas.

---

<sup>14</sup> El cardenal Segura publicó el 1 de mayo una dura carta pastoral en la que ponía en guardia a los fieles contra el daño que la secularización del Estado iba a producir a los derechos de la Iglesia, y los animaba a actuar y oponerse, a quienes intentasen destruir la religión. Dicha pastoral provocó fuertes protestas del Gobierno ante el Nuncio de Su Santidad, monseñor Tedeschini. (Cf. GIL PECHARROMÁN, 34-44).

<sup>15</sup> *Nueva Historia de España*, 836.

<sup>16</sup> *Boletín Oficial del Obispado de Orihuela*, Año L (1931), 341.

<sup>17</sup> El mismo día 14 de abril, fecha en que fue proclamada la República, a las once y media de la noche se reunían en el salón de sesiones del ayuntamiento el comité republicano que asumió provisionalmente el poder municipal. Su presidente, D. Ricardo García López, daba cuenta de “las manifestaciones celebradas esta tarde al conocerse la proclamación de la República en España” (VILAR, *Aproximación a la Orihuela Contemporánea*, V, vol. II, 737).

D. Manuel Cagigal, alumno en aquel momento del citado colegio, indica lo siguiente: “El doce de mayo de mil novecientos treinta y uno, por la mañana, la vida del Colegio se desarrolló con toda normalidad: Misa, estudios, clases, recreos. En Orihuela, donde no había sucedido ningún ataque a sus Iglesias y Conventos, se comentaban tristemente las noticias de los asaltos e incendios a Iglesias y Conventos en Madrid y otras localidades españolas, algunas de nuestra provincia”<sup>18</sup>.

Por la tarde, el ambiente cambió por completo y se comunicó a los alumnos que regresaran de inmediato a sus casas, antes incluso de finalizar las clases; hasta los alumnos internos tuvieron que salir a toda prisa. Según el mismo testigo expresa: “Del Ayuntamiento habían avisado al Colegio que tenían noticia de cómo de otros pueblos, pensaban venir a Orihuela, para asaltar Iglesias y Conventos. Por lo que, a fin de evitar peligros, recomendaban el desalojo provisional inmediato. Al día siguiente, una Orden de la Alcaldía conminó a todos los Jesuitas a salir del término municipal de Orihuela en el plazo de doce horas”<sup>19</sup>.

### *c) Incidencias de la República en la Congregación*

Aunque todas las comunidades repartidas por las diferentes regiones españolas se vieron afectadas por el cambio de régimen, en cada una de ellas incidió con matices diferentes. En los pueblos, donde las hermanas atendían hospitales o asilos de ancianos, de ordinario fueron benévolas con ellas y les permitieron continuar sus tareas sanitarias y asistenciales. En algunas ciudades, Valencia y Barcelona, pudieron seguir actuando de enfermeras, aunque con ciertas dificultades o limitaciones. En Granada, al parecer, las hermanas permanecieron en el sanatorio con bastante normalidad, vistiendo de seglar cuando salían a la calle. En Alicante, donde las hermanas atendían una cocina económica y un colegio, se vieron obligadas a salir de éste, pero no de la cocina; otro tanto ocurrió en el colegio de Elda que fue preciso abandonar apresuradamente y en cambio continuaron sus trabajos asistenciales en el hospital<sup>20</sup>.

La comunicación epistolar con las hermanas que residían lejos de Orihuela fue el modo con el que la M. Elisea ayudó a mantener el

---

<sup>18</sup> LASALA CLAVER, 132.

<sup>19</sup> *Ibid.*, 132-133.

<sup>20</sup> Cf. ORIHUELA, AGHC, *Sección Histórica*, 15.1. *Copia de la Relación a la Santa Sede*, 1935.

ánimo y la unidad. Muchas de aquellas cartas se destruyeron, pero de algunas queda constancia. La superiora de Lloret de Mar manifiesta: “Los acontecimientos que siguieron a la proclamación de la República, influyeron en su quebrantada salud. Lo sé por las cartas de ella que recibíamos en este tiempo. ‘Si se tienen que marchar, tomen un piso, hagan la vida de comunidad lo mejor que puedan, sin perder la presencia de Dios y la confianza en Él’. Nos preparamos de vestidos de seglar, por si el caso lo requería. Nos animaba a llevar las cosas bien y a cumplir nuestras obligaciones”<sup>21</sup>.

Las comunidades, situadas en la zona del levante español, fueron las más afectadas por el nuevo régimen y a éstas particularmente ayudaba la Sierva de Dios con sus cartas llenas de estímulo y sabias orientaciones. La Hna. Socorro Fornés, hace constar lo que sigue: “Cuando se proclamó la República, M. Elisea sufrió mucho. Cerraron el colegio de Alicante. Yo estaba entonces en Valencia y ante la inseguridad inminente, le escribíamos casi a diario”<sup>22</sup>.

La incidencia de la República en la provincia de Alicante fue muy fuerte, de modo especial en los centros de enseñanza. Tres de ellos, Alicante, Benimagrell y Elda, fueron clausurados por orden gubernamental, permaneciendo cerrados varios años<sup>23</sup>. También en el colegio de Orihuela se produjo la intromisión de la autoridad civil de forma impositiva; y a pesar del arraigo que las carmelitas tenían en esta ciudad, fue preciso tomar algunas medidas de seguridad, abandonando el convento de la casa generalicia todas las noches. Así lo manifiestan numerosos testigos, que hacen constar los sufrimientos que produjeron a la Sierva de Dios: “Pasó grandes penalidades durante la República de 1931, cuando la quema de conventos y otros desmanes de los enemigos de la Iglesia; teníamos que salir de seglar a dormir fuera. Madre Elisea, la hermana Remedios Cabrera... y M. Eufrosina, se quedaban a dormir en casa de Vicente el herrero. Era la última en salir por la noche y la primera en volver por la mañana al convento”<sup>24</sup>.

La situación se iba agravando y fue preciso adoptar algunas precauciones. Una de ellas, quizá la más dolorosa, fue trasladar el Santísimo Sacramento desde la capilla de la Casa Madre al hospital

---

<sup>21</sup> *Proc.* III, 764 (test 42 Hna. Corazón de Jesús Sala Boada).

<sup>22</sup> *Proc.* I, 181 (test 11 \* Hna. Socorro Fornés Pastor).

<sup>23</sup> Cf. ORIHUELA, AGHC, *Sección Histórica*, 15.1. *Copia de la Relación a la Santa Sede*, 1935.

<sup>24</sup> *Proc.* I, 127 (test 5 \* Antonia Cabrera Cayuelas).

municipal, que se hallaba contiguo a ésta. Una testigo recoge ampliamente la noticia: “Estábamos para comer. M. Elisea nos llamó con el encargo de que fuéramos todas a la capilla. El capellán tomó el Santísimo reservado en el sagrario para llevarlo al hospital... Al pasar el capellán de la casa, D. José Casanova<sup>25</sup>, con el Santísimo por delante de la comunidad, entonces nuestra Madre Fundadora con una voz majestuosa y llena de caridad, entonó, con la pena que tenía, el *monstra te esse Matrem...* y todas empezamos a llorar y hasta el mismo capellán lloraba de pena. Nuestra Madre Fundadora nos daba palabras de consuelo y con mucha caridad nos animaba a todas; y como tenía mucho amor de Dios y quería mucho a Ntra. Stma. Madre la Virgen del Carmen, a todas nos decía estas palabras: ‘hijas mías, al Señor se lo han llevado, pero lo tenemos dentro de nuestros corazones y nadie nos lo puede quitar’ ”<sup>26</sup>

Otra precaución fue dejar el hábito religioso y vestir de seglar; si bien la Sierva de Dios continuó vistiéndolo en todo momento. La Hna. Esperanza así lo describe: “Nuestra Madre Fundadora, fuerte como una roca, en aquellos días de la República sufrió mucho, porque teníamos que salir del convento. Ella no se quitó su santo hábito, ni el escapulario para nada. Todos los días que tuvo que salir del convento a casa de unos vecinos (la casa del herrero que vivía frente a la Casa-Madre), llevaba en el maletín el traje de seglar”<sup>27</sup>.

D. Vicente Marín, acostumbrado a sus idas y venidas por las calles de Orihuela fue testigo de su entereza y valentía, frente a quienes eran poco respetuosos con lo religioso<sup>28</sup>. También él abunda en pequeños detalles que completan algunos datos: “Durante la República, M. Elisea abría la casa por las mañanas y empezaban a hacer su vida normal. Por las tardes, se iban todas las hermanas vestidas de seglar; ella era la última que salía siempre... Cuando yo la veía tan demacrada le decía: ‘¿Por qué no duerme?’. Nunca se quitó el hábito; siempre iba con su cayata”<sup>29</sup>. Y continúa informando de cuanto él vivió muy de cerca:

---

<sup>25</sup> D. José Casanova Martín, hijo de Juan y de Carmen, había nacido en Orihuela (Alicante). Falleció a la edad de cuarenta y cinco años en su ciudad natal, el día 17 de enero de 1939, a consecuencia de una neumonía infecciosa. (Cf. ORIHUELA, RC, *Tomo 117, Sección 3ª*, nº 43.

<sup>26</sup> *Proc.* II, 483 (test 13 Hna. Esperanza Espallargas Bernal).

<sup>27</sup> *Ibíd.*, 483-484.

<sup>28</sup> Cf. *Proc.* III, 972-973 (test 77 Vicente Marín Terrés).

<sup>29</sup> *Ibíd.*, 972.



“Sacamos del convento todos los santos. Yo me los llevé a mi casa; los santos pequeños: S. José, S. Elías, Sta. Teresa, etc. Las hermanas se quedaban en casa de Hilarita, en mi casa y otros sitios de la ciudad”<sup>30</sup>. Por otros testimonios sabemos que pusieron a buen recaudo algunos otros objetos sagrados<sup>31</sup>. De esto da igualmente noticias otra testigo: “Al proclamarse la República seguida de incendios a iglesias y persecución religiosa, aquí, a mi casa, venían todas las que querían. Mi hermano Agustín estuvo ayudando a sacar cosas del convento. Guardaron también ellas allí en el convento, por la escalera he oído, algunas cosas”<sup>32</sup>

La Hna. Desamparado Navarro recuerda también aquellos hechos y no duda en afirmar que repercutieron negativamente en el estado de salud de la Sierva de Dios: “Le afectaron mucho los acontecimientos de la República de abril, influyendo en su salud. Dio normas: que estuviéramos preparadas... Vino una modista y nos hicieron dos vestidos, uno azul y blanco, el otro negro. M. Elisea se quedaba en casa del herrero”<sup>33</sup>.

Son muy abundantes los testimonios en torno a cuanto se vivió en tales circunstancias, que no dejaron de ser difíciles para todas las hermanas, pero de una forma especial para la Sierva de Dios, última responsable de la vida y la suerte de sus religiosas: “En abril de 1931 sufrió M. Elisea mucho con la persecución religiosa y quema de conventos. Tuvimos que salir. Yo dormía en casa de Hilarita. Otras en casa del herrero”<sup>34</sup>. Otra testigo abunda en estas noticias: “Nos repartió en grupos. A nosotras nos tocó con M. Querubina ir a dormir a casa de la señora Baltasara. En otras casas, otros grupos; ella iba con su bastoncito y el maletín pequeño a casa del herrero ... La acompañaba M. Asisenta, Eufrosina Martí”<sup>35</sup>.

La numerosa comunidad de la Casa Madre tuvo que ser dispersada, pues avanzaban los días y la situación no se estabilizaba. Las primeras en partir fueron las hermanas, cuyos padres residían próximos a Orihuela. Permitió que se marcharan con sus familiares, en espera de

---

<sup>30</sup> *Ibíd.*, 973.

<sup>31</sup> Cf. *Proc.* III, 938 (test 71 Juan Cámara Díaz), y *Proc.* II, 733 (test 39 M. Josefina Serra Martí).

<sup>32</sup> *Proc.* III, 921 (test 69 Hilarita Fenoll Jiménez).

<sup>33</sup> *Proc.* II, 519-520 (test 18 Hna. M<sup>a</sup> de los Desamparados Navarro Herrero).

<sup>34</sup> *Proc.* II, 537 -538 (test 21 Hna. Perseverancia Leiva Martín).

<sup>35</sup> *Proc.* II, 484 (test 13 Hna. Esperanza Espallargas Bernal).

que amainaran los vientos persecutorios. Una de ellas así lo testimonia: “Cuando llegó la República veló y se preocupó de mi seguridad y de las hermanas, permitiendo que nuestros padres nos llevaran con ellos”<sup>36</sup>.

En la medida de sus posibilidades, y aunque le causara un gran dolor, puso a salvo a todas las hermanas que tenían algún medio de refugiarse con su familia o con alguna familia de confianza. La Hna. Purificación Molina, natural de la provincia de Granada manifiesta: “Sufrió muchísimo durante la República. Nos decía: ‘hijas mías, tengan mucho cuidado y sean muy buenas; sálvese la que pueda’ ”<sup>37</sup>.

Otro colectivo que dejó la casa de Orihuela, fueron las formandas, novicias y postulantes. La prudencia así lo aconsejaba, aunque esto supusiera atentar contra la continuidad y futuro de la Congregación. La Hna. Enriqueta Sala, novicia por aquellas fechas, da el siguiente testimonio: “Fui a Orihuela el 14 de julio de 1930, y tomé el hábito el 26 de agosto; estuve en Orihuela hasta junio de 1931, que, con ocasión de la República, marché con mi hermana, M<sup>a</sup> del Sagrado Corazón de Jesús, a Lloret de Mar. Antes de salir me dijo M. Elisea: ‘tanto si piensas volver, como si te quedas en tu casa, recuerda lo que has sido, y mira siempre al cielo’. Me dio la bendición, con mucha pena, pues veía que todas se iban marchando”<sup>38</sup>.

La dispersión de las religiosas era realmente lo que más la hacía sufrir, y le producía un profundo dolor. Incluso las personas seglares, los vecinos del convento sobre todo, se percataban de esto: “Sufría por ver sus monjas dispersas. A veces cambiaba de color. Ella sólo pensaba en su ‘rebaño’, decía: ‘Yo por mí no lo siento, sino por mi rebaño’. ¡Cómo quería a las hermanas! Sufriendo mucho, pero con mucha serenidad”<sup>39</sup>. Las religiosas, siempre marchaban fortalecidas por el estímulo que ella les infundía. “Sentía mucho separarse de las hermanas y las animaba a seguir fieles y las alentaba a volver”<sup>40</sup>.

Su actitud fue siempre prudente y moderada; aunque desease que las hermanas regresaran a la comunidad cuanto antes, cuando veía que ello era excesivamente arriesgado, les pedía que esperaran en sus casas. Así

---

<sup>36</sup> *Proc.* I, 196 (test 12 \* Asunción Sánchez Gil).

<sup>37</sup> *Proc.* II, 584 (test 25 Hna. Purificación Molina García).

<sup>38</sup> *Proc.* II, 467 (test 11 Hna. Enriqueta Sala Boada).

<sup>39</sup> *Proc.* III, 973 (test 77 Vicente Marín Terrés).

<sup>40</sup> *Proc.* I, 73 (test 2 \* Hna. Iluminada Pozuelo Escorza).

lo hace saber a la Hna. Gema Gálvez en una carta escrita el 2-6-1931. En ella le expresa su pena y alegría: la primera porque sabe que fuera de la comunidad no se hallaba en su centro, y alegría por constatar que la religiosa suspiraba por volver a la casa del Señor. Después le pedía oraciones para que todo se normalizara cuanto antes y le manifiesta: “Como comprenderá, tengo grandes deseos de que todas estemos reunidas y en nuestros respectivos cargos y lugares; pero hay que tener un poco de paciencia y esperar que las cosas se arreglen un poco más”<sup>41</sup>.

Aún en medio de este clima de tristeza y desolación, sabe poner una chispa de humor y de esperanza. La Hna. M<sup>a</sup> Jesús Nicolás, postulante en aquellos meses, describe el siguiente hecho: “Nos llamó a unas cuantas novicias y postulantes y nos dijo con mucha serenidad y entereza, y hasta con gracia: ‘Coger las mejores gallinas del corral y las lleváis a la cocina para que os hagan una buena paella de despedida. No tenéis más remedio que salir, hijas mías...’ Después de comer (que no comimos porque nos pasamos todo el tiempo llorando) la M. Elisea nos dijo unas palabras de aliento, para que conserváramos la vocación y depositáramos la confianza en el Señor, para que volviéramos cuando todo se calmara”<sup>42</sup>.

Su prudencia se pone de manifiesto de nuevo en el siguiente testimonio: “Nos dijo el año 1931 que podíamos irnos a casa si venían nuestros familiares a recogernos (se trataba del peligro de nuestras vidas por el advenimiento de la República que en España tuvo carácter de hostilidad contra la Iglesia). Yo me fui a mi pueblo, porque era novicia... Después de las quemadas de iglesias y conventos, le dije ‘Madre, yo quiero quedarme aquí’. Yo ahora no soy tu madre, esto es, la que puede disponer de ti (respondió ella) sino tu padre; si él te deja, bueno’ ”<sup>43</sup>.

Su actitud serena, valiente y confiada en medio de tanta inestabilidad y zozobra era notoria a todos, en particular a las religiosas, para quienes servía de punto de referencia: “Como en todos los momentos difíciles de su vida, hizo frente a estos acontecimientos con paz, y serenidad de espíritu, dando ejemplo maravilloso a sus hijas”<sup>44</sup>.

---

<sup>41</sup> *ProcDoc.* IV, 136.

<sup>42</sup> *Proc.* III, 844 (test 51 Hna. M<sup>a</sup> Jesús Nicolás López).

<sup>43</sup> *Proc.* I, 65-66 (test 1 \* Hna. Salomé Ballester Juárez).

<sup>44</sup> *Proc.* II, 665 (test 32 Hna. M<sup>a</sup> Lourdes Arenas Díaz-Hellín).

Si cuanto se ha indicado fue motivo de sufrimiento, lo ocurrido en algunos colegios le ocasionó aún mayor dolor por el modo con que se procedía en contra de ellos, ya que el gobierno se ensañó de forma más incisiva con los centros donde se impartía formación religiosa. Las hermanas del colegio de Alicante, tuvieron que salir de forma atropellada. Según dice una testigo, algunos revolucionarios “instigados por los protestantes de Alicante, asaltaron el colegio, las religiosas tuvieron que salir por el tejado... Los protestantes hicieron fuerza para que las echaran fuera de allí. Ellos tenían escuela protestante en Alicante y muchachos con banda de tambores y cornetas”<sup>45</sup>.

Algunas de las hermanas que vivieron el acontecimiento afirman: “Yo estaba en Alicante. Tuvimos que salir por una terraza, llevándonos todo, incluso el Santísimo, a casa de una familia conocida”<sup>46</sup>. Otro miembro de esa comunidad, Hna. Gertrudis Sanmartín, da amplia información: “Cuando ocurrieron los sucesos de quema de conventos e iglesias, quitar el crucifijo de las escuelas y demás cosas malas, la M. Elisea nos avisó que estuviéramos preparadas con un trajecito de seglar... Yo estaba, al proclamarse la República, en el colegio de Alicante. Salimos por el tejado. El carpintero de casa nos pasó a su casa”<sup>47</sup>.

Desde allí las llevaron a Orihuela. La misma testigo continúa informando que iban en un autobús, el cual “pasó por la plazuela delante del convento nuestro del Carmen y dio la vuelta por la calle hasta nuestra casa. Allí estaba nuestra M. Elisea deshecha, porque nos había visto pasar por la plaza en el autobús”<sup>48</sup> y creía que se llevarían a las hermanas hacia otro lugar. Después de recibirlas con los brazos abiertos, “mandó matar un par de gallinas para que comiera toda aquella chusma que nos había llevado allí. Comieron y se marcharon”<sup>49</sup>.

La acogida por parte de la Sierva de Dios, no sólo a las hermanas sino también a quienes les acompañaron, impresionó profundamente a todos. Una hermana, así lo recoge: “Llegamos a Orihuela, y encontramos a M. Elisea que nos recibió llorando. Nos preguntó ‘¿os

---

<sup>45</sup> *Proc.* II, 443 (test 8 Hna. M<sup>a</sup> Belén Martínez Cascales).

<sup>46</sup> *Proc.* II, 461 (test 10 Hna. M<sup>a</sup> Dolores Contreras Tornero).

<sup>47</sup> *Proc.* II, 397 (test 3 Hna. Gertrudis Sanmartín Rodrigo).

<sup>48</sup> *Ibíd.*

<sup>49</sup> *Ibíd.*

ha pasado algo?’ Nada, dijimos. ‘¡Ay, gracias Señor! gracias a Dios, que no os ha pasado nada. Dadle a esos hombres una buena comida y tratadlos bien’. ¿Después que nos echan?, contestamos nosotras. ‘Sí, tratadlos bien’, terminó la Madre. Lloraba, lloraba, temía perder la Congregación. Sonreía, pero se le caían las lágrimas”<sup>50</sup>.

El doloroso incidente tuvo amplia repercusión y una de las postulantes que lo presencié anota: “Cuando nos marchábamos, nos cruzamos por la escalera con las hermanas profesas que venían de Alicante custodiadas por los militares y vestidas de seglar. A M. Elisea le dio como un ataque de asma y se la tuvieron que entrar a la celda, fue tan grande la impresión, que no pudo soportarlo con tranquilidad”<sup>51</sup>. Hasta uno de los vecinos, que vio llegar a las hermanas, pudo presenciar el impacto que recibió la Sierva de Dios en el primer momento: “Cuando en la República del 1931, echaron de Alicante a las monjas, ella se puso muy sofocada. La sentamos en el patio y le echamos aire”<sup>52</sup>.

A pesar de los pequeños incidentes ya descritos, otra de las hermanas venidas de Alicante, percibió en la Sierva de Dios paz y serenidad al recibirlas: “En tiempo de la República, cuando fuimos expulsadas del colegio de Alicante, llegamos en un autobús a Casa Madre acompañadas de milicianos. Madre Fundadora nos recibió, triste pero llena de serenidad”<sup>53</sup>.

En el colegio de Elda también ocurrió algo similar, si bien con menos virulencia, aunque fue igualmente clausurado en el mes de mayo<sup>54</sup> y expulsada la comunidad. Una testigo manifiesta: “Yo estaba en Elda y saltamos por el tejado y nos fuimos a casa de Elia, y de allí tuvimos que saltar a otra parte, para marcharnos cada una por donde pudo”<sup>55</sup>. El colegio de Sax fue preciso abandonarlo como los anteriores. Las hermanas estuvieron refugiadas en la casa de Dña. Caridad y D. Andrés Valdés, un matrimonio conocido que las acogió caritativamente. Asunción Casanova, una joven sajeña, cuya familia mantenía buenas relaciones con las hermanas, fue a casa de Dña.

---

<sup>50</sup> *Proc.* II, 461 (test 10 Hna. M<sup>a</sup> Dolores Contreras Tornero).

<sup>51</sup> *Proc.* III, 844 (test 51 Hna. M<sup>a</sup> Jesús Nicolás López).

<sup>52</sup> *Proc.* III, 938 (test 71 Juan Cámara Díaz).

<sup>53</sup> *Proc.* I, 167 (test 10 \* Hna. Benilde Gea Martínez).

<sup>54</sup> Cf. ORIHUELA, AGHC, *Documentos de la casa-colegio de Elda*.

<sup>55</sup> *Proc.* II, 622 (test 29 Hna. Adelaida Picart Mosquera).

Caridad, para llevarle a éstas unos velos o mantos que usaban las mujeres viudas, con el fin de que los pudieran utilizar llegado el caso de vestirse de seglar; pero según dice la testigo “no tuvieron que hacer uso de ello”<sup>56</sup>. Y amplía noticias indicando que, al llegar a la casa de la mencionada familia, “salió M Josefa que estaba allí con las hermanas, Belén creo que era una; Socorro Urios, que se llamaba Nieves; Demetria... pero a ellas no les pasó nada ni se fueron. Habían dejado la casa y se llevaron el Santísimo y estaban allí por lo que pudiera pasar”<sup>57</sup>.

La Hna. Belén Martínez, después de ofrecer algunos datos sobre la llegada a Orihuela de las hermanas de Alicante, continúa diciendo: “De Elda también vinieron, y de Sax. Una dispersión. Las superiores estaban en contacto con M. Elisea por teléfono. Aquí (Orihuela) vinieron muchas, y unas se marcharon a sus casas, otras se quedaron aquí y otras se fueron donde pudieron. Todos estos hechos influyeron en la salud de M. Elisea. Le acortaron la vida, pero los sobrellevó con mucha pena, con mucho dolor, pero también con mucho silencio”<sup>58</sup>.

## **2. Enfermedad y muerte de la Sierva de Dios**

A pesar de que el año 1930 estuvo sembrado de conflictos laborales en toda la provincia de Alicante <sup>59</sup> y que la inestabilidad política y social ya apuntaba hacia algún serio desenlace, la M. Elisea continúa en sus funciones de superiora general; si bien condicionada por las circunstancias y por su delicada salud, que no le permiten largos desplazamientos fuera de Orihuela.

En el verano de este año 1930 la encontramos en Alicante supervisando las tareas de remodelación del colegio, y según dice ella misma, se encontraba “bastante bien”<sup>60</sup>. Allí debió de permanecer durante agosto y septiembre, mientras los albañiles iban “haciendo una

---

<sup>56</sup> ORIHUELA, AGHC, *Serie Extra A.*, 3.4., test de Asunción Casanova Herrero, Doc. 13.

<sup>57</sup> *Ibíd.*

<sup>58</sup> *Proc.* II, 444 (test 8 Hna. M<sup>a</sup> Belén Martínez Cascales).

<sup>59</sup> Se registraron huelgas en la fábrica de calzado de Villaplana en Petrel; también en Crevillente el sector de los hilados necesitó la intervención del gobernador civil, para resolver el problema creado. Igualmente la fábrica de loza de Aspe registró un paro, aunque no llegó a revestir carácter de huelga; e incluso en Orihuela, a causa de la petición de aumento de salario y reducción de jornada, se suscitó una huelga en la fábrica de hilaturas de Alberto Noguera (Cf. VILAR, *Aproximación a la Orihuela Contemporánea*, V, vol. II, 737).

<sup>60</sup>Cf. *ProcDoc.* IV, 135.

capillita y remendando un poquito la casa”<sup>61</sup>. De aquellos felices días dejó un recuerdo imborrable en los miembros de la comunidad; pues aunque había cumplido ya los 61 años y no disfrutaba de buena salud, se la veía colaborando en las tareas diarias con toda diligencia. La Hna. Carmen Herrero recordará mucho tiempo después: “El año 30 estuvo con nosotras nuestra Madre Fundadora, que fue cuando hicieron la capilla de abajo; y disfrutamos mucho con los buenos ejemplos que nos daba... a pesar de estar tan enferma como estaba. Qué años tan felices”<sup>62</sup>.

Ella, olvidada de sí, se mantenía atenta a las necesidades de las hermanas preocupándose por cada una como si fuera esa su única ocupación. Cuida de las enfermas, hasta que también ella enferma de gravedad; pero mientras tanto se la ve solícita por todas. Una testigo, que experimentó sus maternales atenciones, escribe: “En octubre o noviembre de 1930, vino M. Elisea a Murcia. Estaba yo enferma... Vino en un coche; traía en él almohadas para llevarme con ella al sanatorio de Orihuela. Nos fuimos juntas. Tenía yo una pleuresía”<sup>63</sup>.

Pocos días después, se desplazó a la comunidad de Encebras y allí tuvo su comienzo un largo y penoso calvario.

#### *a) En el crisol del dolor*

El 3 de mayo de 1931 la M. Elisea escribe y agradece a la superiora general de las Hermanas Terciarias Regulares Carmelitas Venezolanas, su felicitación navideña comunicándole: “Dichas festividades las pasamos regular por estar servidora enferma de gravedad desde el 18 de noviembre hasta hace pocos días que me encuentro bastante bien, gracias al Todopoderoso, que de vez en cuando nos regala alguna astillita de su adorable cruz”<sup>64</sup>. Así vivió la Sierva de Dios esos meses de dolores físicos y sufrimientos morales: como una pequeña participación en el dolor redentor de Cristo, al que se sentía unida.

El día 18 de noviembre de 1930, salió de Orihuela, acompañada por la vicaria general, con el fin de visitar algunas comunidades, empezando por la de Encebras. Allí mismo por la noche, se sintió indispueta. La Hna. Guadalupe Doménech, miembro de aquella comunidad, cuenta con precisión: “Estaba yo aquí en las Encebras.

---

<sup>61</sup> *Ibíd.*

<sup>62</sup> ORIHUELA, AGHC, *Sec. III, serie 1ª, Personal H.*

<sup>63</sup> *Proc. II, 564 (test 23 Hna. Arcángela Miralles Server).*

<sup>64</sup> *ProcDoc. IV, 157.*

Vino M. Elisea por la tarde con M. Eufrosina. La superiora era M. Emilia. A media noche se puso M. Elisea muy mala. Vino Madre Asistente a llamarnos... Vino a buscarme. Me levanté y fui donde estaba ella. Tenía un cólico, quería devolver y no podía, y en los esfuerzos que hacía se oían ronquidos”<sup>65</sup>. El susto y la preocupación invadieron a las hermanas, máxime porque en aquella aldea no había servicio médico. Con la mayor diligencia que les fue posible, hicieron ir al médico de Sax, para que la visitara. La Hna. Regina Ureña, testifica: “A finales de 1930, estaba yo en las Encebras cuando llegó M. Elisea para hacer la visita. Se puso allí muy enferma. Salimos en seguida a Sax a buscar un médico”<sup>66</sup>.

La situación se agravaba y por este motivo, la M. Eufrosina se comunicó con el Dr. D. Ángel García Rogel, su médico de cabecera, quien desde Orihuela fue a visitarla, comprobando éste la gravedad en que se hallaba. El ahogo no le permitía permanecer en la cama, teniendo que descansar día y noche en una mecedora. Una testigo indica: “ Madre Elisea estaba muy delicada. Tenía el vientre hinchado y era diabética”<sup>67</sup>. La noticia de su enfermedad llegó rápidamente a Orihuela, sembrando la preocupación entre las hermanas, incluso las novicias, que oraban por ella encomendándola al Señor. La Hna. Salomé Ballester, novicia por aquellas fechas, manifiesta: “Yo sé que la M. Elisea padecía de diabetes... El año 1930 enfermó gravemente hasta el punto que recibió la extremaunción, y todas las novicias nos fuimos a la capilla a orar por su salud, muy tristes por la situación”<sup>68</sup>.

Todas, y también la M. Elisea, creían que ya estaba próximo su fin y ella misma solicitó que le administraran la unción de enfermos: “Cuando en las Encebras se puso tan grave, sé que M. Elisea pidió los últimos Sacramentos”<sup>69</sup>. La Hna. Guadalupe, testigo presencial del acontecimiento informa: “Le dieron los santos óleos, porque no podía recibir al Señor, sentadita en el balcón en donde dormía y así sentada le dieron los santos óleos”<sup>70</sup>.

---

<sup>65</sup> *Proc.* II, 592 (test 26 Hna. Guadalupe Domenech Vives).

<sup>66</sup> *Proc.* II, 432 (test 7 Hna. Regina Ureña Alberola).

<sup>67</sup> *Proc.* I, 126 (test 5 \* Antonia Cabrera Cayuelas).

<sup>68</sup> *Proc.* I, 59 (test 1 \* Hna. Salomé Ballester Juárez).

<sup>69</sup> *Proc.* I, 193 (test 12 \* Asunción Sánchez Gil).

<sup>70</sup> *Proc.* II, 592 (test 26 Hna. Guadalupe Domenech Vives).



Pasaban los días y su salud no se recuperaba, por lo que avisaron a las comunidades más próximas, desplazándose allí las madres Teresa Bañón, Salud Cayuelas y Sacramento Cardona, procedentes de Cieza y Orihuela. También la M. Josefa Albert fue a visitarla, como puede comprobarse a través del siguiente testimonio: “Cuando en 1930 fue M. Elísea a hacer la visita a las Encebras, cayó gravemente enferma. En esta época estaba yo con mi familia, que había venido a verme a Sax, y ellos acompañaron a M. Josefa, que era la superiora de Sax, a las Encebras primero y luego a Orihuela. Estuvo muy malita”<sup>71</sup>.

En cuanto fue posible la llevaron a Orihuela, siempre bajo el control del médico que la acompañaba, D. Ángel García Rogel y el capellán de las Encebras, don Vicente Candela. También las hermanas se desplazaron con ella, posiblemente en el coche de Dña. Matilde Mira<sup>72</sup>. En este viaje hacia Orihuela, hicieron una breve parada en la comunidad de Aspe. La Hna. Gema relata con toda sencillez un hecho, al parecer insignificante, pero que delata la generosidad de espíritu de la Sierva de Dios, quien hallándose gravemente enferma, sabe olvidarse de sí y pensar en la salud de las demás, hasta en sus pequeños detalles: “Cuando la traían de las Encebras muy enferma, pasó por Aspe y paró el coche; entonces me llamó para que le diera un beso y se fijó que tenía los ojos encarnados, y le dijo a la madre: ‘lleva a la hermana al médico y cuida de sus ojos’ ”<sup>73</sup>.

A Orihuela llegó sin esperanzas de recuperación. Fue preciso subirla cuidadosamente al dormitorio sentada en un sillón, según expresa Antonia Cabrera<sup>74</sup>. La misma testigo continua informando: “Madre Asistente me mandó por balones de oxígeno y medicinas para la Rvda. Madre... Se repuso, pero siguió muy delicada hasta su muerte”<sup>75</sup>. Con inmensa alegría para todas las hermanas, la Sierva de Dios se fue recuperando, aunque paulatinamente, alternando momentos de fuertes crisis con otros de franca mejoría.

La Hna. Guadalupe, que la acompañó desde las Encebras manifiesta: “En Orihuela se fue poniendo mejor. Desde abajo se oía los

---

<sup>71</sup> *Proc.* II, 443 (test 8 Hna. Belén Martínez Cascales).

<sup>72</sup> Cf. *Proc.* III, 938 (test 71 Juan Cámara Díaz).

<sup>73</sup> *Proc.* III, 838-839 (test 50 Hna. Gema Gálvez Belmonte).

<sup>74</sup> Cf. *Proc.* I, 126 (test 5 \* Antonia Cabrera Cayuelas).

<sup>75</sup> *Ibíd.*

esfuerzos que hacía, se ahogaba, se ahogaba. Yo estaba junto a ella... Recibió con gran serenidad aquella enfermedad y la extremaunción”<sup>76</sup>.

Se aproximaban las fiestas navideñas. En la casa reinaba un ambiente teñido de tristeza y a todas las hermanas se las veía sin el entusiasmo propio de otros años para cantar villancicos y bailar junto al Belén. Percatada la Sierva de Dios, les manifestó su deseo de que la Navidad se celebrase como todos los años. Les decía: ‘Yo desde mi celda gozaré con vosotras, pues andar no puedo’. Pero el ingenio de las más jóvenes y el amor de todas, lo resolvieron fácilmente: bajarla sentada en un sillón. Así se hizo, llevándola a la sala donde se había colocado el nacimiento; el gozo de toda la comunidad fue inmenso, completándose aún más, porque después fue llevada a la capilla y allí participó con todas en la eucaristía, incluso activamente, como refiere una testigo: “Las cantoras estaban muy cerca de M. Elisea, y la hermana que tocaba la pandereta no lo hacía muy bien, y M. Elisea alargó el brazo, le tomó la pandereta y nos dejó admiradas de la fortaleza con que tocaba y lo bien que lo hacía, comunicándonos fervor”<sup>77</sup>.

La Sierva de Dios hizo probablemente un esfuerzo ímprobo por alegrar a las hermanas “Y el día de Nochebuena bajó a la capilla para oír misa, pero el día de Navidad lo pasó muy mal, agravándose por momentos, hasta el 31, último día del año, que creíamos sería también el último de su vida”<sup>78</sup>.

Durante el mes de enero de 1931 fue experimentando alguna mejoría, que se prolongó en los meses sucesivos. Pero cuando ya su salud empezaba a no ser problema, tuvo lugar el triste acontecimiento de la proclamación de la República; y aún sacó fuerzas y energía, para afrontar tan duro acontecimiento, que, sin lugar a dudas, aceleró la hora de su muerte.

Con todo lo indicado anteriormente, hay razones suficientes para comprender el calvario al que la Sierva de Dios se vio sometida. Sin embargo, la causa más profunda de su dolor radicó, no sólo en los acontecimientos ocurridos en la República, sino en la actitud que muchas hermanas adoptaron ante ella: miedos, cobardía e incluso deserción. Por este motivo se lamentaba con cierto dolor, como

---

<sup>76</sup> *Proc. II*, 592-593 (test 26 Hna. Guadalupe Domenech Vives).

<sup>77</sup> *Proc. II*, 454 (test 9 Hna. Gonzala Amorós Escudero).

<sup>78</sup> ORIHUELA, AGHC, *Sección Histórica, Libro I de Defunciones* (1894-1957), 22.

recordará una de las testigos: “Los acontecimientos que surgieron con la proclamación de la República de 1931, influyeron en la salud de Madre Elisea. ‘No me mata, decía, la república de fuera, sino la de dentro, pues yo creía encontrar las hermanas más fuertes en la vocación y en todo, y no ha sido así’... El tiempo que vivió después de la proclamación de la República hasta su muerte, fue de sufrimiento, un martirio para ella”<sup>79</sup>.

El ambiente de persecución que se levantó frente a todo lo religioso, era motivo para tambalear a las vacilantes; por ello la Sierva de Dios anima y estimula a todas, alegrándose profundamente cuando las ve valientes y generosas<sup>80</sup>.

La Hna. Adelaida Picart, que tuvo experiencia de ello, expresa: “Alentaba mucho a las hermanas dando ánimo a todas... diciendo que si teníamos que dar la vida, que fuéramos valientes. Algunas no fueron valientes y esto le causó a ella mucha pena”<sup>81</sup>. Otro tanto dice otra testigo: “M. Elisea sufrió al ver que algunas se fueron a sus casas sin decirle nada”<sup>82</sup>. En determinadas ocasiones el miedo hizo presa en la mayoría de los miembros de alguna comunidad, como ocurrió en Santa Pola. Hablando la Hna. Clara de la Sierva de Dios, manifiesta: “Durante la República sufrió mucho. Estábamos en Santa Pola seis hermanas. Se fueron cuatro... Vinimos a Orihuela M. Natividad y yo a hablar con M. Elisea. La encontramos en la sala de madera. Díjole M. Natividad: ‘Allí se quieren ir todas’. Contestó M. Elisea: ‘Pues ésta, si se va, que no se vaya a su casa, sino al Asilo de Pedreguer, donde hay hermanas’. Sufrió mucho con estas cosas. A los pocos meses murió”<sup>83</sup>.

Algo similar ocurrió en la comunidad de Murcia: “Las de Murcia salieron sin decir dónde iban”<sup>84</sup> con el agravante de que la propia responsable fue una de las primeras que abandonaron la casa: “Entre las disidentes recuerdo a la que hacía de hermana mayor en Murcia, Hna. Elisea, que vinieron por ella”<sup>85</sup>. La Hna. M<sup>a</sup> Rosa Canals, miembro también de aquella comunidad expresa: “Todos los acontecimientos

---

<sup>79</sup> *Proc.* III, 713 (test 38 Hna. Carmen Herrero Sánchez).

<sup>80</sup> Cf. *Proc.* III, 839 (test 50 Hna. Gema Gálvez Belmonte) y *Proc.* II, 593 (test 26 Hna. Guadalupe Domenech Vives)

<sup>81</sup> *Proc.* II, 623 (test 29 Hna. Adelaida Picart Mosquera).

<sup>82</sup> *Proc.* II, 593 (test 26 Hna. Guadalupe Domenech Vives).

<sup>83</sup> ORIHUELA, AGHC, *Seria Extra A.*, 2.1., test de Hna. Clara Durá Palonés, f. 121.

<sup>84</sup> *Proc.* II, 492 (test 14 Hna. Alberta Moyano Ramos).

<sup>85</sup> *Proc.* II, 444 (test 8 Hna. Belén Martínez Cascales).

sucedidos en la República, influyeron notablemente en su ánimo, aunque se mantuvo firme, pero su salud fue gravemente quebrantada. Sí, yo misma que estaba de comunidad en Murcia, me vine a Tossa de Mar, porque la M. Elisea así lo dispuso y nos mandó a casa hasta que pasara todo el jaleo. Yo me quedé en el colegio que tenían las hermanas en esta ciudad. Estuve seis meses con la comunidad y después me vine con mis padres”<sup>86</sup>. Fueron muchas las hermanas que como ella, marcharon a la casa paterna por temor a los disturbios políticos y ya no regresaron más a la vida religiosa<sup>87</sup>.

En numerosas ocasiones las mismas familias de las hermanas, viendo la amenaza que sobre ellas se cernía, aumentaron los temores de éstas, viniendo a recogerlas para evitar peligros mayores. A la comunidad de Tossa de Mar escribe la Sierva de Dios varias veces por tal motivo, animándolas a ser valientes, y les indica con firmeza: “Las que están al frente de una casa no deben abandonarla nada más porque sí. Espero pues, que vosotras seréis cuerdas y después de agradecer mucho a vuestras familias sus invitaciones, debéis proceder con cordura, si no queréis llorar y lamentaros como otras, que lloran y se lamentan haber abandonado el puesto antes que llegara la hora”<sup>88</sup>.

En otra ocasión notifica: “Ninguna debéis abandonar el pueblo sin mi consentimiento, fuera de un caso que ahora no se puede precisar”<sup>89</sup>. En la misma carta, les recuerda lo que ya había indicado con anterioridad: que tuviesen un traje de seglar preparado, por si les era preciso, y alguna casa particular de familias de confianza, donde pudiesen refugiarse. Y unas líneas más abajo deja aflorar su corazón manifestando: “Quisiera estar como en otros tiempos para poderos visitar como lo deseo y así estaría tranquila. Sed buenas, orad mucho, levantad vuestros corazones al cielo, de donde lo hemos de esperar todo”<sup>90</sup>.

La confusión y el malestar se generalizó, de modo particular entre las hermanas que se hallaban en los colegios, ya que realmente fueron las más afectadas. Algunas marcharon con su familia sin el debido permiso, aunque después mantuvieran estrecha comunicación con la

---

<sup>86</sup> *Proc.* III, 992 (test 81 María Canals Vilá).

<sup>87</sup> Cf. *Proc.* III, 954 (test 74 Lourdes Mitjá Truy) y *Proc.* III, 931 (test 70 Josefa Lorente Caselles).

<sup>88</sup> *ProcDoc.* IV, 139.

<sup>89</sup> *Ibíd.*, 140.

<sup>90</sup> *Ibíd.*

Sierva de Dios. Una de ellas notifica: “En el año 1931, año de la República, me encontraba en Elda y con los sucesos desagradables de incendios y demás, me llevaron a mi pueblo, Pedroche (Córdoba)... Durante mi estancia en el pueblo le escribía y contestaba, pero en la guerra rompí sus cartas, lo que lamento hoy”<sup>91</sup>.

Estas noticias llegaban a otras comunidades, creando cierto desánimo entre las hermanas que tenían referencias vagas de cuanto ocurría en la Congregación. Así lo manifiesta la Hna. Rosa Sesé: “En la República de 1931, yo estaba en Barcelona de superiora. Por oídas supe que algunas hermanas se marcharon a sus casas”<sup>92</sup>.

También a la Sierva de Dios se le ofreció la ocasión de marchar con su familia, lo que podía en parte estar justificado, a causa de su quebrantada salud. Pero ni remotamente consintió, consciente de su responsabilidad de animadora y guía espiritual de sus hermanas. Un miembro de su familia ofrece la noticia sobre este asunto: “Tengo un dato, que lo sé cierto, y es el siguiente: en tiempo de la República, mi hermano Amadeo, a ruego de mi padre, fue a Orihuela dispuesto a traerse a mi tía a casa para colocarla en buen recaudo contra los enemigos de la Iglesia, pero ella no admitió en ningún modo abandonar la casa religiosa, de cuya Congregación era la general”<sup>93</sup>.

Desde Orihuela, seguía los acontecimientos que iban ocurriendo en las diferentes comunidades; escribía, aconsejaba, amonestaba cuando era preciso y sobre todo sufría, fija su confianza en Dios, esperando que Él pusiera fin a la triste situación que se estaba viviendo. Así lo manifestaba a la comunidad de Tossa de Mar: “Quiera el Señor que todo se resuelva y todo se dará por bien empleado”<sup>94</sup>. Se mantuvo siempre firme y ayudaba también a las pusilánimes. A esta comunidad le había escrito unos días antes del mismo mes de junio: “Acabo de leer vuestras cartas y veo que estáis bien, pero con miedo. Por aquí no ha pasado nada. Nosotras hemos salido de casa de noche, porque hemos querido, contra la voluntad del alcalde, que personalmente nos ha dicho no tuviéramos miedo; y ya estamos en casa noche y día”<sup>95</sup>. A pesar de ello, el temor de la Sierva de Dios ante la situación política que se

---

<sup>91</sup> *Proc.* I, 141 (test 7 \* Hna. Sofía Blasco Castro).

<sup>92</sup> *Proc.* III, 816 (test 48 Hna. Rosa Sesé Seguí).

<sup>93</sup> *Proc.* I, 240-241 (test 20 \* Aurelia Estela Carrió).

<sup>94</sup> *ProcDoc.* IV, 141.

<sup>95</sup> *Ibíd.*, 139.

avecinaba, no carecía de fundamento; pues en el propio Ayuntamiento de Orihuela, un mes más tarde, “el Sr. Ortiz pide solicitar del Gobierno la expulsión de las Órdenes religiosas e incautación de sus bienes”<sup>96</sup>, propuesta que, al levantar fuerte discusión, fue retirada por el mismo Sr. Ortiz. Pero en el mes de octubre, la misma corporación municipal clausuró el colegio carmelita de la ciudad<sup>97</sup>

Sobre la entereza que manifestaba la Sierva de Dios en todo momento, los testimonios son unánimes: “Con los acontecimientos de la República sufrió mucho, y esto influyó en su quebrantada salud. Su ánimo no decayó, se mantenía enérgica y seguía de cerca los hechos que ocurrían diariamente. Algunas religiosas se marcharon del convento”<sup>98</sup>. Esto mismo lo reitera otra testigo, que es consciente de los numerosos sufrimientos que padeció a lo largo de toda su vida por diferentes causas; siendo la República uno de los más profundos: “La Madre Elisea sufrió grandes penas en diversas ocasiones: abandono de hermanas en varios sitios, la situación de la República...”<sup>99</sup>. Y la misma testigo no duda en afirmar: “A mí me parece que los acontecimientos políticos, la República perseguidora de la Iglesia, le hicieron sufrir mucho y le precipitaron su muerte”<sup>100</sup>.

#### *b) Su postrer “Alabat siga Deu”*

El mes de diciembre de 1931 comenzó con malos presagios en la Casa Generalicia de Orihuela: La M. Elisea se hallaba gravemente enferma y en opinión de la M. Querubina Padern “presentía que se acercaba su última hora”<sup>101</sup>, aunque ella lo ocultase para no hacer sufrir a las hermanas.

Una testigo que vivió muy de cerca los postreros días de la M. Elisea, recordará su talante varonil, intentando siempre no ser motivo de preocupación para nadie. El testimonio es elocuente: “Lo que sé de la Sierva de Dios es por conocimiento directo. Era yo postulante y ayudaba a la hermana sacristana cuando M. Elisea estaba tan malita; oía los vómitos y la angustia que pasaba... Estaba muy delicada de salud. A

---

<sup>96</sup> ORIHUELA, AM, *Acuerdos del Pleno*, Libro nº 55, sesión de 6 octubre 1931, 17 vº.

<sup>97</sup> Cf. *Ibíd.*, 31.

<sup>98</sup> *Proc.* III, 839 (test 50 Hna. Gema Gálvez Belmonte).

<sup>99</sup> *Proc.* I, 158 (test 8 \* Hna. Soledad Segura Amorós).

<sup>100</sup> *Ibíd.*, 154.

<sup>101</sup> ORIHUELA, AGHC, *Sección Histórica, Libro I de Defunciones* (1894-1957), 23.

veces tenía mareos y vómitos. Recuerdo que hasta que pudo hizo vida normal, pero no sin achaques y sin dificultades. Más de una vez vomitó después de comulgar... Recuerdo que cuando estaba enferma le llevaban el Señor a la cama; cuando se ponía mejor, bajaba y hacía vida normal, atendiendo a todo”<sup>102</sup>.

En este contexto se debe situar su actuación del día 8 de diciembre. Le gustaba participar en los actos cotidianos de la comunidad y particularmente quiso hacerlo en la fiesta mariana que se conmemoraba: la Inmaculada Concepción. Este día, después de asistir a la celebración de la santa misa, ya no pudo mantenerse en pie y fue preciso llevarla a la cama, de la que no se levantó más.

Conforme avanzaban los días, el agotamiento iba aumentando y el 16 se empeoró significativamente<sup>103</sup>. A las dos y media de la tarde le administraban los últimos sacramentos, que recibió con gran unción y fervor. Ella misma respondía al formulario del ritual con toda lucidez y consciencia<sup>104</sup>. Toda la comunidad de Casa Madre la acompañó con su oración y su presencia, presumiendo que sus días estaban contados. María Gea, postulante en aquel momento, puntualiza: “También recuerdo cuando le dieron el Viático; estaba la comunidad en la escalera y parte baja, esperando al Señor; muchas llorábamos”<sup>105</sup>.

La noticia de que la Sierva de Dios estaba muy grave fue llegando a todas las hermanas, no sólo a las que residían próximas a Orihuela, sino también a las que se hallaban lejos. Así lo indica M. Socorro Fornés: “Me encontraba en Valencia el año 1931 cuando recibí una carta de M. Sacramento diciendo que la Madre Fundadora estaba muy mal”<sup>106</sup>. Otra hermana que viajó desde Barcelona, aunque no pudo verla ya viva, recoge noticias de primera mano y testifica: “En su última enfermedad y muerte la asistieron principalmente, Madre Eufrosina y su sobrina Elvira Molina. Murió acompañada de sus hijas. No recuerdo haber oído quién le dio la extremaunción y le administró los últimos sacramentos.

---

<sup>102</sup> *Proc.* I, 199-201 (test 13 \* María Gea Martínez).

<sup>103</sup> Por esta causa alguna testigo indica que estuvo dos días agonizando (Cf. *Proc.* II, 492 (test 14 Hna. Alberta Moyano Ramos), ya que falleció al día siguiente; pero en la agonía permaneció lúcida y atenta a cuanto ocurría a su alrededor.

<sup>104</sup> Lamentablemente, no conocemos el nombre del sacerdote que le administró este sacramento. Una de las testigos dice: “No sé quién le dio los santos óleos” (*Proc.* II, 604 (test 27 Hna. Salud Cayuelas Serrano).

<sup>105</sup> *Proc.* I, 201 (test 13 \* María Gea Martínez). La celda de la Sierva de Dios se halla en la primera planta de la casa, frente al rellano de la escalera principal.

<sup>106</sup> *Proc.* I, 180 (test 11 \* Hna. Socorro Fornés Pastor).

He oído decir que no perdió el conocimiento para morir. Murió de diabetes, asma, erisipela”<sup>107</sup>

Aunque la M. Elisea siempre había gozado del cariño de las hermanas, fue en los últimos días de su vida cuando se puso más de manifiesto. Tenía palabras de aliento y estímulo para cada una, muchas de ellas la recordarán serena y paciente ante el dolor: “Sufrió con resignación su última enfermedad. A alguna que la vio llorar le dijo: ‘No llores, tonta’ ”<sup>108</sup>. Esta expresión le era familiar y la utilizaba en tono cariñoso. A Hna. Elvira Molina, su sobrina, le dijo también poco antes de morir: ‘No llores, tonta. Encomiéndate al Señor y sé buena. Yo me voy al cielo. Allí os espero a todas’ ”<sup>109</sup> Otra testigo expresa: “Sufrió sus enfermedades con mucha resignación. Recitaba muchas jaculatorias. Daba consejos a las hermanas. Las hermanas entraban y salían cuando estaba para morir”<sup>110</sup>.

Las religiosas de las comunidades próximas a Orihuela, también le demostraron su cariño, haciéndose presentes, constatando con admiración y respeto la virtud de su fundadora: “M. Elisea era muy sufrida. Nunca se quejaba ni decía nada de sus dolores durante su última enfermedad ni nunca... Yo estuve en sus últimos momentos. Estaba de conventual en Murcia y nos llamaron. Vinimos. Yo la vi todavía viva. Entraban unas y salían otras”<sup>111</sup>. La visita a la M. Elisea en su lecho de dolor, era un estímulo para todas, pues se la veía siempre contenta y confiada en las manos de Dios. “Comodidad no buscaba ninguna, y siempre con la misma sonrisa. ‘¡Seamos buenas! Sean buenas, hijas mías’, decía”<sup>112</sup>.

Las enfermeras, particularmente la M. Eufrosina Martí, se desvivían por atenderle en sus necesidades. Ésta estuvo presente con toda solicitud, según manifiesta alguna testigo: “Sé que en los últimos momentos de su vida la cuidaba M. Eufrosina, porque yo le veía entrar con todos los detalles propios de las enfermeras: análisis, medicinas, etc.”<sup>113</sup>. Y otra añade: “Madre Asistente no la dejaba: almohadas,

---

<sup>107</sup> *Proc.* III, 714 (test 38 Hna. Carmen Herrero Sánchez).

<sup>108</sup> *Proc.* II, 593 (test 26 Hna. Guadalupe Domenech Vives).

<sup>109</sup> LÓPEZ MELÚS, *Alabado sea Dios*, 283.

<sup>110</sup> *Proc.* II, 584 (test 25 Hna. Purificación Molina García).

<sup>111</sup> *Proc.* II, 538 (test 21 Hna. Perseverancia Leiva Martín).

<sup>112</sup> *Proc.* II, 623 (test 29 Hna. Adelaida Picart Mosquera).

<sup>113</sup> *Proc.* I, 166 (Test 10 \* Hna. Benilde Gea Martínez).



moverla... M. Elisea dijo: ‘déjame quieta’ ”<sup>114</sup>. La Sierva de Dios, sin despreciar estos cuidados, recriminaba cariñosamente a la enfermera de turno diciéndole: “¡Déjame, hija, si de todos modos tenemos que morir! ¡Para qué tanto!”<sup>115</sup>. Cuando sabía que las hermanas insistían con sus oraciones pidiendo a Dios por su salud, ella manifestaba su deseo de que la voluntad del Señor se cumpliera por encima de todo, “y creo que llegó a decir: ‘que no pidan más, que están tentando al Señor’ ”<sup>116</sup>.

La M. Elisea, consciente de que estaba llegando su hora, también dio orientaciones y consejos a las hermanas del gobierno general. Las circunstancias especiales en que se hallaba la Congregación, le hacía temer que después de su partida aumentara la dispersión de las religiosas. La Hna. Alberta Moyano testifica: “Reunidas las consiliarias, en su celda, les dijo: ‘yo me voy a morir, amad mucho a la Congregación, trabajad para el bien de la Congregación ¡Que no la abandonen porque yo me voy a morir!’... Yo estaba allí de paso, estuve un día o dos, por eso sé que reunió a las consiliarias y lo que antes digo”<sup>117</sup>.

Una testigo excepcional, la M. Querubina Padern, secretaria general, manifiesta: “Madre Elisea se daba cuenta de que moría. Murió como había vivido, como una santa. Algunos días antes de morir nos decía: ‘No dejéis las cosas para última hora. En estos momentos no está una para nada. Yo no puedo ni dar un consejo’ ”<sup>118</sup>. Igualmente la M. M<sup>a</sup> de los Ángeles Badosa indica que la Sierva de Dios poco antes de morir, encomendó a las consejeras generales mucha unión y mucha humildad, para continuar llevando en su ausencia los destinos del Instituto por los caminos del Señor<sup>119</sup>.

A través de otra testigo se tiene constancia de que la Sierva de Dios mantuvo la lucidez hasta el último momento y cómo seguía dando consejos a la M. Eufrosina Martí, de lo que se debía hacer: “Nunca la oí quejarse. Durante su última enfermedad y muerte estaba yo también en Orihuela. Oía decir sobre todo a M. Asistente, que les hacía encargos piadosos: que cuidaran de la Congregación, que no hicieran

---

<sup>114</sup> *Proc.* II, 492 (test 14 Hna. Alberta Moyano Ramos).

<sup>115</sup> *Proc.* II, 623 (test 29 Hna. Adelaida Picart Mosquera).

<sup>116</sup> *Proc.* II, 539 (test 21 Hna. Perseverancia Leiva Martín).

<sup>117</sup> *Proc.* II, 492 (test 14 Hna. Alberta Moyano Ramos).

<sup>118</sup> LÓPEZ MELÚS, *Alabado sea Dios*, 283.

<sup>119</sup> Cf. *Ibíd.*

nada extraordinario a su muerte, sino como a las demás. Repetía jaculatorias... ‘No lloréis. Yo me voy al cielo, donde os espero a todas’<sup>120</sup>.

Dentro del dolor que para todas suponía la pérdida de tan querida Madre, sus palabras de aliento eran de gran estímulo: “Murió con todo su conocimiento. Fue un encanto. ‘Os espero en el cielo, hijas mías’, dijo antes de morir”<sup>121</sup>.

Así transcurrían las horas. La tarde del 16 de diciembre y también la noche, estuvo acompañada de numerosas hermanas, “contestando con mucha tranquilidad a cuantas oraciones se rezaban, besando muy a menudo el Santo Escapulario y el crucifijo, encargando que al morir se participara a todos los familiares de las Hermanas para que la encomendasen a Dios. Dijo algunas veces que en el cielo, donde confiaba ir por la gran misericordia de Jesucristo, sería nuestra intercesora y no tendría en olvido a nuestra amada Congregación”<sup>122</sup>.

El día 17 continuaban las visitas de las hermanas y la Sierva de Dios pidió que le cantasen a la Virgen en su presencia: “Sé que a la hora de la muerte pidió que le cantaran una canción a la Virgen que cantaban a veces en comunidad”<sup>123</sup>. Probablemente las hermanas entonarían una de sus canciones preferidas: *Inviolata*, como ella misma había manifestado en otro momento: “En cuanto a su muerte, sí recuerdo que estando un día ensayando el coro la antífona *Inviolata*, cuentan las cantoras que les pidió que cuando ella se estuviera muriendo le cantaran esta misma antífona”<sup>124</sup>.

Las hermanas querían seguir visitando a su querida M. Elisea, respetando el turno establecido, hasta que fue preciso interrumpirlo porque su estado se agravaba. Una testigo se lamenta precisamente de que no pudo verla: “Cuando la Madre Fundadora estaba ya muy enferma pusieron turnos para que fuéramos a visitarla. Al tocarme a mí, suspendieron el turno. Estaba ya muy malita”<sup>125</sup>.

Las testigos son unánimes en afirmar que en torno a su lecho se respiraba paz y unción espiritual. Así lo fueron transmitiendo las

---

<sup>120</sup> Proc. I, 126 (test 5 \* Antonia Cabrera Cayuelas).

<sup>121</sup> Proc. III, 683 (test 34 Hna. M<sup>a</sup> de la Cruz Mira Poveda).

<sup>122</sup> ORIHUELA, AGHC, *Sección Histórica, Libro I de Defunciones* (1894-1957), 23-24.

<sup>123</sup> Proc. I, 126 (test 5 \* Antonia Cabrera Cayuelas).

<sup>124</sup> Proc. I, 72 (test 2 \* Hna. Iluminada Pozuelo Escorza).

<sup>125</sup> Proc. II, 404-405 (test 4 Hna. Asunción Martínez Ruiz).

hermanas que tuvieron la dicha de poderla ver: “En cuanto a los últimos momentos de su vida, Hna. Fuensanta estuvo presente y ella me contaba que sus últimas palabras fueron: ‘Hijas mías, sed buenas, os espero en el cielo’ ”<sup>126</sup>.

Avanzaba el día 17 sin cambios significativos. Aún fue recibiendo a las hermanas que se acercaban sigilosamente a verla. La paz se respiraba en el ambiente, como manifiesta la siguiente testigo: “No se quejaba en su última enfermedad. Momentos antes de morir fui a despedirme de ella... M. Elisea sufría mucho, pero yo no vi ninguna señal de nerviosismo, ni he oído decir sino que lo llevó todo con mucha paciencia”<sup>127</sup>.

También ese día 17, probablemente por la mañana, llegaba desde Cieza la M. Teresa Bañón, acompañada de Hna. Fuensanta Conesa. La alegría de la Sierva de Dios al ver a su compañera de fundación se puso de manifiesto. La Hna. Fuensanta, testigo excepcional, informa ampliamente: “Yo estuve en su muerte. Como Madre Teresa Bañón era consiliaria le avisaron [de] la gravedad de Madre Elisea. Fuimos a Orihuela ella y yo. Estaba muy malita. Al ver Madre Elisea a Madre Teresa le preguntó: ‘¡Uy! ¿has venido tú?’ Sí. ‘¿Con quién?’ Con la Hna. Fuensanta. ‘Bien, bien’ ”<sup>128</sup>.

La M. Teresa se desplazó desde Cieza, avisada por las otras consejeras generales, madres Eufrosina y Querubina. También se le comunicó la gravedad a la M. Josefa Albert, consejera general igualmente, que se hallaba visitando las comunidades de Cataluña, enviada por la Sierva de Dios. La noticia de su muerte la recibió estando en Lloret de Mar. De inmediato se puso en camino hacia Orihuela, pero no pudo llegar ni siquiera al entierro<sup>129</sup>.

Durante toda la jornada del día 17, se iban alternando los momentos de empeoramiento con otros de cierta mejoría, en los que la M. Elisea aprovechaba la ocasión para animar y estimular a las hermanas. La Hna. Fuensanta da testimonio: “Cuando la vimos tan malica, le dijimos que nos bendijera. Y después de darnos la bendición, le dio una angustia y tuvo un vómito de sangre; entonces dijeron las Madres: ‘ya se nos va’. Cuando se le pasó abrió los ojos y nos miró y como

---

<sup>126</sup> *Proc. I*, 154 (test 8 \* Hna. Soledad Segura Amorós).

<sup>127</sup> *Proc. II*, 564-565 (test 23 Hna. Arcángela Miralles Server).

<sup>128</sup> *Proc. III*, 785 (test 45 Hna. Fuensanta Conesa Gómez).

<sup>129</sup> Cf. *Proc. II*, 469 (test 11 Hna. Enriqueta Sala Boada).

estábamos todas llorando nos dijo: ‘hijas mías, no lloréis por mí; sed buenas, amaos mucho y... os espero en el cielo’ ”<sup>130</sup>.

Su vida se hallaba ya pendiente de un hilo. Los vómitos de sangre que la habían acosado últimamente, se hicieron más continuos y todo presagiaba que su final estaba muy próximo. Un miembro de la comunidad de Casa Madre indica: “Me consta que ella tenía muchos vómitos cuando estaba muriendo. En sus últimos momentos, nos llamaron a todas. Junto a ella estaban las profesas y otras fuera en el pasillo, porque no se cabía en la celda”<sup>131</sup>. Por otra parte, la bronquitis que padecía desde algún tiempo y especialmente la diabetes que le acompañó gran parte de su vida<sup>132</sup>, se dieron cita acelerando el desenlace final. Se le percibía una respiración fatigosa, hasta el extremo de que alguna testigo indica que murió de asma<sup>133</sup>.

Hacia las tres de la tarde del mismo día 17, parece que había llegado su última hora; la M. Eufrosina Martí reunió a la comunidad y dijo a la Sierva de Dios: “Estamos todas aquí para recibir su última bendición”. Las bendijo con voz muy sosegada, mientras que las hermanas derramaban lágrimas abundantes, pues consideraban la irreparable pérdida y la orfandad en que muy pronto iban a caer. Según indica la necrología, “desde este momento se puede decir que ya no perteneció a este mundo, pues se la oía rezar con dificultad el Miserere y algún salmo del Oficio Parvo”<sup>134</sup>.

A partir de esta hora, hasta las siete de la tarde, estuvo sumida en profunda oración, a la cual daba fin, repitiendo con voz muy clara primero y más quebrantada después, por tres veces y en valenciano, su lengua materna, *¡Alabat siga Deu!* (Alabado sea Dios). Estando reclinada en las almohadas de la cama, con gesto plácido y sosegado, entregó su alma al Creador<sup>135</sup>. Los médicos hicieron constar en la certificación facultativa <sup>136</sup> que había fallecido a causa de un coma diabético<sup>137</sup>.

---

<sup>130</sup> *Proc.* III, 785 (test 45 Hna. Fuensanta Conesa Gómez).

<sup>131</sup> *Proc.* I, 167 (test 10 \* Hna. Benilde Gea Martínez).

<sup>132</sup> Cf. *Proc.* I, 113 (test 4 \* Hna. Trinidad Navarro Herrero) y *Proc.* I, 193 (test 12 \* Asunción Sánchez Gil).

<sup>133</sup> Cf. *Proc.* III, 749 (test 40 Hna. Visitación Sanmartín Valdecabres).

<sup>134</sup> ORIHUELA, AGHC, *Sección Histórica, Libro I de Defunciones* (1894-1957), 24.

<sup>135</sup> Cf. *Ibid.*

<sup>136</sup> La inscripción en el Registro Civil donde se recoge la certificación facultativa se practicó en virtud de la manifestación efectuada por Dn. Vicente Marín Terrés, cerrajero, persona

Una de las testigos presentes añade algunos datos de interés, indicando que la Sierva de Dios “se quedó un poco quieta y dijo en valenciano: ‘Alabado sea Dios’, con voz fuerte. ‘Alabado sea Dios’, con voz más apagada, y ‘Alabado sea Dios’ con voz que casi sólo era el movimiento de los labios. Nos encontrábamos en aquellos momentos en la habitación de Madre Elisea: Madre Teresa Bañón, consiliaria, que había llegado conmigo. Madre Eufrosina, asistente y consiliaria. Madre Querubina, consiliaria y secretaria general. Madre Encarnación Fornés que era superiora de Fortuna y había llegado antes que nosotras. Hermana Juana, que salió, era de Orihuela<sup>138</sup>. Hermana Elvira Molina, sobrina de Madre Elisea, que murió. Madre Josefa Albert, la otra consiliaria, llegó después de muerta Madre Elisea”<sup>139</sup>.

Acompañada de ese grupito de hermanas, la Sierva de Dios abandonó esta tierra para unirse definitivamente con su Dios y Creador por toda la eternidad. Su vida entera había girado en torno a dos polos: amor a Dios y amor a los hermanos, lo que supo integrar con un corazón indiviso. Hasta las últimas horas de su existencia tuvo capacidad y entereza para animar, estimular y consolar a las religiosas, olvidándose de sí misma; pero llegado el momento final parece que se olvida de cuanto hay en su alrededor y evoca lo que llevaba impreso en sus entrañas: la alabanza y gloria del Señor. Esta jaculatoria favorita, ¡Alabado sea Dios!, que tantas veces había repetido a lo largo de su existencia, ahora la saborea profundamente, mientras se entrega confiadamente en manos del Dios Trino: Padre, Hijo y Espíritu Santo.

Las hermanas presentes, contrastando con el gesto de placidez y unción espiritual que se reflejaba en el rostro de su querida madre, comenzaron a llorar llenas de dolor. Puestas de rodillas, curiosamente,

---

muy vinculada a la comunidad, con cuya familia, especialmente sus padres, la Sierva de Dios mantuvo estrechos lazos de amistad desde su llegada a Orihuela en 1899.

<sup>137</sup> Cf. ORIHUELA, R.C., *Tomo 111, Sección 3ª*, nº 573.

<sup>138</sup> Encarnación (Hna. Juana) Soler Vinader, hija de Carlos y Juana, había nacido en Elche (Alicante), el 27-2-1891, (no en Orihuela). Vistió el hábito el 2-1-1915; hizo su profesión temporal el 13-1-1916 y la perpetua el 16-7-1921. Con motivo de la Guerra Civil Española (1936-1939), marchó a su casa y después de concluida ésta, no se reintegró a la Congregación. Posiblemente, su familia vivió algún tiempo en Orihuela, pues algunas hermanas dicen que era natural de Orihuela. (Cf. ORIHUELA, AGHC, *Sec. III, serie 1ª, Persona S.*).

<sup>139</sup> *Proc. III, 785-786* (test 45 Hna. Fuensanta Conesa Gómez).

no piden al Señor que acogiera en su seno el alma de la difunta, sino que desde el cielo bendijese por su medio a la Congregación<sup>140</sup>.

Mientras que las MM. Eufrosina Martí y Encarnación Fornés, ayudadas de la Hna. Fuensanta Conesa, procedieron a amortajarla<sup>141</sup>, la M. Querubina Padern, secretaria general, comenzó con toda diligencia a notificar tan irreparable pérdida para toda la Congregación<sup>142</sup>. En la comunidad de Orihuela se sucedieron las muestras de cariño y las hermanas, por turnos, estuvieron acompañando su cadáver toda la noche. Así lo dice una testigo: “Madre Elisea murió en Casa Madre, en su dormitorio... Pasado un rato nos fuimos a la celda de la M. Elisea. Estaba ya amortajada y como yo la quería mucho, me puse al lado de su cabecera, donde ayudé cuanto pude y pasé con ella toda la noche. Mandaron a algunas hermanas a descansar y otras nos quedamos allí con ella”<sup>143</sup>.

### 3. Funerales y sepultura

A mediados de diciembre de 1931, cuando la Sierva de Dios abandonaba el Carmelo de Orihuela, para formar parte del Carmelo celeste, la Congregación por ella fundada se hallaba, como las demás instituciones religiosas, dispersa y perseguida por la autoridad civil. Sólo unos días antes de su muerte, el Presidente de la República, Julián Besteiro, había firmado, en representación de las Cortes Constituyentes, la Constitución de la República Española<sup>144</sup>. Dicha Constitución recogía y sancionaba en su articulado normas abiertamente opuestas a las congregaciones religiosas. Desde la base de que el Estado español no tenía religión oficial (cf. art. 3), todas las confesiones religiosas eran consideradas como Asociaciones sometidas a una ley especial. Pero la legislación era clara: “El Estado, las regiones, las provincias y los municipios, no mantendrán, favorecerán

---

<sup>140</sup> Cf. ORIHUELA, AGHC, *Serie Extra A.*, 3.3., test de Hna. Fuensanta Conesa Gómez, Doc. 1.

<sup>141</sup> Cf. *Ibid.* En este momento, según indica otra testigo, la M. Asistente le quitó el anillo, el cual llevó ella después (Cf. *Proc.* III, 927 (test 69 Hilarita Fenoll Jiménez).

<sup>142</sup> Es sabido que a numerosas comunidades se informó de esta noticia a través del teléfono o de telegrama. Sin embargo, la notificación oficial y por escrito, la llevó a cabo la M. Eufrosina Martí, vicaria general (Cf. ORIHUELA, AGHC, *Serie Extra A.*, 6.1.2. doc. 11).

<sup>143</sup> *Proc.* I, 201-202 (test 13 \* María Gea Martínez).

<sup>144</sup> Se firmó en el Palacio de las Cortes Constituyentes el día 9 de diciembre de 1931. En ella el presidente expresa con claridad: “mando a todos los españoles, autoridades y particulares, que guarden y hagan guardar la presente Constitución, como norma fundamental de la República”.

ni auxiliarán económicamente a las Iglesias, Asociaciones e Instituciones religiosas”<sup>145</sup>.

Por esta razón la muerte de la Sierva de Dios fue sentida profundamente por sus hijas, pues ya no podrían experimentar su apoyo y ánimo, tanto a las que vivían en comunidad, como a las que se encontraban en casa de sus familiares, por los motivos ya mencionados. Este hecho dificultó grandemente el que la noticia de su fallecimiento pudiera llegar a todos los miembros de la Congregación con la diligencia deseada. A pesar de ello, bien pronto se movilizaron las hermanas que tuvieron posibilidad. Desde Valencia llegaron la M. Socorro Fornés y la M. Elena Martínez, superiores de las dos comunidades allí existentes. La primera de ellas, sabiendo que se encontraba la Sierva de Dios muy grave, llamó por teléfono a Orihuela, y le confirmaron la triste noticia. Así lo testifica: “Presintiendo que algo le pasaba, llamé por teléfono para quedarme tranquila. Cogió el teléfono la Hna. Maximina que respondió: ‘está muerta’. Me entró una pena... Y salí enseguida para Orihuela con la M. Elena que estaba de superiora en la Clínica “Santa Rosa”, también en Valencia”<sup>146</sup>. Las hermanas de las comunidades próximas a Orihuela, igualmente fueron informadas y pudieron asistir a los funerales<sup>147</sup>. En cambio les fue imposible estar presentes a las que residían en Andalucía, Cataluña o Extremadura. Lo impidió la lejanía, las dificultades del viaje y el riesgo a que se exponían las religiosas desplazándose de sus conventos en un ambiente tan hostil. La Hna. Rosa Pérez, que se hallaba en Barcelona, hace constar: “En cuanto murió la Sierva de Dios nos comunicaron por teléfono su muerte. Su entierro, según nos contaron, fue un acontecimiento en Orihuela porque asistieron muchas religiosas de casas cercanas. También asistieron sacerdotes”<sup>148</sup>.

La comunicación a todas las casas se hizo por los medios más rápidos con que se contaba, aunque para los desplazamientos existieron menos posibilidades y por tal motivo muchas hermanas se tuvieron que resignar a conocer la noticia desde la propia comunidad, sin poder

---

<sup>145</sup> Art. 26. También en este mismo artículo, referente a las órdenes religiosas, se hace constar que se podrán disolver “las que por sus actividades, constituyan un peligro para la seguridad del Estado” e igualmente la “prohibición de ejercer la industria, el comercio o la enseñanza”. El artículo en cuestión finaliza expresando que “los bienes de la Órdenes religiosas podrán ser nacionalizados” (*Ibid.*).

<sup>146</sup> *Proc.* I, 180 (test 11 \* Hna. Socorro Fornés Pastor).

<sup>147</sup> Cf. *Proc.* II, 604 (test 27 Hna. M<sup>a</sup> Salud Cayuelas Serrano).

<sup>148</sup> *Proc.* I, 87 (test 3 \* Hna. Rosa Pérez Robles).

viajar a Orihuela. Así lo indica el siguiente testimonio: “Yo estaba en Granada cuando vino un telegrama diciendo que M. Elisea había muerto”<sup>149</sup>. Otra de las muchas ausentes fue su sobrina, Hna. Cecilia Oliver, que al menos tuvo el consuelo de recibir noticias a través de las que habían estado acompañándola y dándole el último adiós: “No estuve presente en su muerte. Tuvo la muerte de una santa, así lo he oído decir siempre”<sup>150</sup>.

De Cataluña, donde se hallaba la M. Josefa Albert, se pusieron en camino inmediatamente hacia Orihuela, pero no fue posible llegar a tiempo al funeral. La postulante Enriqueta Sala, después de informar que la M. Josefa Albert se hallaba girando la visita canónica en Lloret de Mar, cuenta algunos detalles del viaje: “Estando yo allí, nos comunicaron la muerte de M. Fundadora. Nos pusimos en camino M. Josefa Albert, Hna. Carmen Herrero, la postulante Mercedes Poch y yo. Al llegar a Novelda y tomar el coche para Orihuela, nos dijo el chófer: ‘algo grande debe pasar por Orihuela, porque de acá para allá van y vienen muchas monjas’. Entonces dijimos que había muerto la Madre Elisea. M. Josefa al saberlo lloró. Cuando llegamos ya la habían enterrado”<sup>151</sup>.

Esta misma noticia es corroborada por la propia Hna. Carmen: “Cuando Madre Elisea murió, yo estaba en Lloret de Mar con Madre Josefa Albert que iba haciendo la visita canónica. Allí recibimos la noticia de su fallecimiento. Vine con Madre Josefa, y llegamos la noche del día en que la enterraron, 18 de diciembre de 1931”<sup>152</sup>.

La mañana de ese día 18 fueron llegando hermanas, sobre todo de las comunidades de Levante. El cuerpo sin vida de la M. Elisea lo colocaron en la Iglesia del Carmen, donde fue visitado por muchas personas. Una de sus hijas expresa: “Cuando se murió le besé la mano... La colocaron muerta a los pies de la iglesia, bajo la bovedilla del coro, junto a la pila del agua bendita”<sup>153</sup>. Aunque alguna hermana dice que la colocaron en la capilla<sup>154</sup>, sabemos por otros testimonios que fue colocada en la iglesia. Allí se dieron cita para acompañarla

---

<sup>149</sup> *Proc.* II, 584 (test 25 Hna. Purificación Molina García).

<sup>150</sup> *Proc.* II, 427 (test 6 Hna. Cecilia Oliver Mas).

<sup>151</sup> *Proc.* II, 469 (test 11 Hna. Enriqueta Sala Boada).

<sup>152</sup> *Proc.* III, 714 (test 38 Hna. Carmen Herrero Sánchez).

<sup>153</sup> *Proc.* II, 527 (test 19 Hna. Celeriana Torres García).

<sup>154</sup> Cf. *Proc.* II, 444 (test 8 Hna. M<sup>a</sup> Belén Martínez Cascales).



muchas hermanas, pero también numerosas personas de Orihuela y sus alrededores. Una testigo así lo describe: “Bajaron su cuerpo a la iglesia y acudió muchísima gente a verla, parecía un jubileo”<sup>155</sup>.

Una de estas personas que estuvo presente en aquellos momentos, recordará: “Yo asistí al entierro de la Sierva de Dios. Vine con una hermana mía mayor que yo... Cuando yo llegué, el cadáver de la M. Elisea estaba abajo, pero no recuerdo si dentro o fuera de la iglesia”<sup>156</sup>.

La fe del pueblo sencillo se encargó de dar realce al acontecimiento, pues por parte de la propia Congregación no hubo el más mínimo alarde de magnificar los funerales. Las hermanas desearían cumplir con toda fidelidad lo que la Sierva de Dios les había encargado, al parecer, reiteradamente. La Hna. Elena Martínez así lo refiere: “Madre Elisea nos decía muchas veces, igual que Santa Teresita del Niño Jesús, que cuando muriera no le hiciéramos honras fúnebres extraordinarias. Que éramos pobres y no había que malgastar el dinero”<sup>157</sup>. A esta petición expresa de la Sierva de Dios, se sumó el ambiente político que reinaba en Orihuela, donde se entorpecía cualquier manifestación popular que tuviese matiz religioso<sup>158</sup>.

Los funerales de la Sierva de Dios, tal como ella deseaba, se realizaron con toda sencillez en la Iglesia del Carmen<sup>159</sup>, como capilla anexa a la Parroquia de las Santas Justa y Rufina, siendo presididos por el coadjutor. En el Libro de Defunciones de la mencionada parroquia aparece la siguiente nota: “Año del Señor de mil novecientos treinta y uno, día dieciocho de Diciembre, en la Insigne Iglesia Parroquial de Stas. Justa y Rufina de la Ciudad y Obispado de Orihuela, Provincia de

---

<sup>155</sup> *Proc. I*, 126 (test 5 \* Antonia Cabrera Cayuelas).

<sup>156</sup> *Proc. II*, 367 (test 41 \* Amparo Herrero Sánchez).

<sup>157</sup> LÓPEZ MELÚS, *Alabado sea Dios*, 283.

<sup>158</sup> En la sesión ordinaria del Ayuntamiento de Orihuela, celebrada el 3 de noviembre de 1931, después de acordar por unanimidad denunciar a la Inspección de Primera Enseñanza porque el día anterior, conmemoración de los fieles difuntos, no hubo clase, siendo día hábil, continúa: “También por unanimidad y a propuesta del Sr. Cubí que entiende que viniendo la República a transformar viejas costumbre que no deben subsistir en el actual régimen, se acuerda no asistan a los entierros los niños asilados en la Casa de Beneficencia por entender que ello no sirve sino para aficionarles a ir en procesiones”. (ORIHUELA, AM, *Acuerdos del Pleno*, Libro 55, 30 vº).

<sup>159</sup> Cf. *Proc. II*, 405 (test 4 Hna. Asunción Martínez Ruiz).

Alicante. Yo, D. José M<sup>a</sup> Abril<sup>160</sup> Coadjutor de la misma, hice el oficio de sepultura eclesiástica de segunda clase con misa al cadáver de Dña. Josefa Oliver Molina, Superiora y fundadora de las Rg. Carmelitas”<sup>161</sup>.

En aquel ambiente tan hostil y controvertido sobre los actos del sepelio<sup>162</sup> las hermanas adoptaron una actitud de suma discreción, que además encajaba perfectamente con su condición de humildad y sencillez características. Es muy probable que a la eucaristía sólo asistieran las religiosas y algún grupo de personas más allegadas. Al menos, se pudo contar con la presencia de un sacerdote que oficiara en el funeral, lo que no era frecuente a finales de aquel año 1931, en que las manifestaciones públicas de culto estaban muy restringidas por la propia legislación, recientemente entrada en vigor<sup>163</sup>. Quizá por esta razón indica una testigo: “El entierro se hizo con sacerdote, yo estuve en él”<sup>164</sup>.

Hacia las cuatro de la tarde, y antes de que se iniciase el cortejo fúnebre desde la Iglesia del Carmen hasta el cementerio<sup>165</sup>, muchas personas se acercaron al féretro a darle el último adiós y pedir un recuerdo suyo.

Majestuoso y sencillo salió el féretro con los restos mortales de la M. Elisea, a hombros de personas igualmente sencillas y humildes que le profesaban cariño y veneración: Vicente Marín Terrés, de profesión herrero, y su padre; Antonio Sánchez Egío y Ramón Torregrosa Gilabert, oficial suyo, etc. El primero de ellos, unido por especiales vínculos de amistad con la Sierva de Dios, a quien conocía desde muy

---

<sup>160</sup> D. José M<sup>a</sup> Abril Rizo, hijo de Francisco y de Ángeles, era natural de Orihuela. Falleció en esta ciudad a la edad de sesenta y ocho años, el día 5 de diciembre de 1937. (Cf. ORIHUELA, RC, *Tomo 116, Sección 3<sup>a</sup>, n<sup>o</sup> 727*).

<sup>161</sup> ORIHUELA, APSJR., *Libro 10<sup>o</sup> de Defunciones*, 184.

<sup>162</sup> Para hacerse idea de cómo estaba la situación política sobre el asunto, transcribimos el primer párrafo del Decreto emanado de los Ministerios de Justicia y Gobernación, de fecha 9 de julio de 1931: “Los preceptos del nuevo derecho público español en lo que concierne a la libertad de cultos, tienen derivaciones que alcanzan al supremo momento de la muerte. La pugna civil de nuestro pueblo durante el período constitucional se ha exteriorizado, aún en los actos de sepelio, entablándose a veces verdaderas luchas en torno a los muertos” (Publicado para conocimiento de los diocesanos en el *Boletín Oficial del Obispado de Orihuela*, Año L (1931), 315-316).

<sup>163</sup> Cf. art. 27 de la *Constitución*.

<sup>164</sup> *Proc.* II, 444 (test 8 Hna. M<sup>a</sup> Belén Martínez Cascales).

<sup>165</sup> Es de suponer que el sacerdote, D. José M<sup>a</sup> Abril, que había oficiado la misa por la mañana, se hiciera presente allí en el momento del entierro para cumplimentar el ritual de difuntos.

pequeño, declara: “Yo la llevé junto con el carpintero, albañil, herrero y otro carpintero. Llovió muchísimo; al llegar a Capuchinos, la caja iba con dos dedos de agua”<sup>166</sup>.

Todos los testigos son unánimes en resaltar las inclemencias del tiempo. Una religiosa así lo dice: “Yo asistí al entierro. La enterraron en el cementerio de Orihuela y recuerdo que ese día llovía muchísimo. La acompañaron muchísimas personas, junto con las Madres y Hermanas”<sup>167</sup>. Y otra hermana indicará: “Sé que su cadáver estuvo expuesto en la iglesia. Tengo el recuerdo de que fue mucha gente al entierro. Fue enterrada en el cementerio de Orihuela y nosotras la acompañamos hasta el mismo”<sup>168</sup>.

La presencia de tantas religiosas, incluso de novicias, en el camposanto, no pasó inadvertida a los más observadores, que lo hacen constar, como hecho excepcional: “La calle estaba llena de gente. Cuando murió Madre Elisea fueron a su entierro hasta las novicias”<sup>169</sup>. En los entierros ordinarios el público se despedía a la salida de la ciudad, camino del cementerio, concretamente en el convento de los Capuchinos. Esta vez se hizo allí una parada, reanudando después la marcha, y casi todos, con valentía desafiaron a la abundante lluvia.

Otra de las familias muy vinculada con el convento eran los Sres. Fenoll-Jiménez. Su hija Hilarita recordará también que su papá, a pesar de no disfrutar de buena salud, acompañó los restos mortales de la Sierva de Dios: “Mi padre fue al entierro de Madre Elisea. Llovió mucho, y cuando llegaron a Capuchinos, donde despedían [el duelo], las hermanas le mandaron una tartana; no se puso malo por la lluvia, pues estaba muy delicado”<sup>170</sup>.

D. Antonio Sánchez, de profesión carpintero, fue otro de los amigos incondicionales de la Sierva de Dios. También él tuvo la dicha de llevarla a hombros: “Yo fui a su entierro y la llevamos Vicente Marín, padre e hijo, Ramón Torregrosa Gilabert, oficial mío, y yo. Al llegar a Capuchinos diluviaba. Nos entraba el agua por la cabeza y nos salía por los zapatos. Nosotros firmes, aguantando. Al terminar, Madre Asistente

---

<sup>166</sup> *Proc.* III, 973 (test 77 Vicente Marín Terrés).

<sup>167</sup> *Proc.* I, 180 (test 11 \* Hna. Socorro Fronés Pastor).

<sup>168</sup> *Proc.* I, 167 (test 10 \* Hna. Benilde Gea Martínez).

<sup>169</sup> *Proc.* III, 974 (test 79 Vicente Marín Terrés).

<sup>170</sup> *Proc.* III, 921 (test 69 Hilarita Fenoll Jiménez).

hizo que nos llevaran en una galera a nuestras casas. Ninguno nos resfriamos ni nos pusimos malos”<sup>171</sup>.

Otras personas, por simpatía o por gratitud, quisieron igualmente compartir el peso del traslado de sus restos mortales. Luis López, a pesar de que era jovencito, también ayudó en el largo trayecto que separaba la Iglesia del Carmen del cementerio: “Yo recuerdo el día del entierro de la Sierva de Dios, que llovía torrencialmente, con todo acudió mucha gente. Aunque yo era muy joven, era de figura humana espigada y pude llevar el féretro a hombros con otros señores, todos mayores que yo. Tanto llovía, que tuvimos que parar a mitad de camino entre la ciudad y el cementerio, para cobijarnos bajo unos paraguas y unos árboles”<sup>172</sup>. Otro testimonio confirma este hecho, agregando un nuevo matiz: “El día del entierro llovió mucho. Cuando llegamos a los Franciscanos, la tuvieron que entrar. El herrero dijo: ‘Vamos a dar el último adiós a la Madre’, y la destapó”<sup>173</sup>.

Las muestras de condolencia se entremezclaban con los sentimientos de respeto y veneración a lo largo de todo el trayecto; por eso su entierro se transformó en una verdadera manifestación de simpatía y cariño hacia la difunta y un tributo que el pueblo rindió a su vida ejemplar<sup>174</sup>. Una de las religiosas, apenada por tan triste pérdida expresa: “Estuve presente en el entierro de la Madre, que por cierto llovió mucho, y como era tanto el dolor de sus hijas y de toda la ciudad, se decía: ‘¡mira, hasta el cielo llora por ella!’ ”<sup>175</sup>. A pesar de todo, este traslado de sus restos al camposanto, parecía más bien una procesión religiosa, que un cortejo fúnebre<sup>176</sup>. Otra de las asistentes sintetiza: “Su entierro fue muy numeroso, con gran acompañamiento de seglares ... Su cadáver fue enterrado en el cementerio de Orihuela. La gente decía que había sido muy buena y daban muestras de sentimiento y pena, ensalzándola todas aquellas personas que le habían tratado”<sup>177</sup>.

Llegado el cortejo al cementerio se procedió a la inhumación del cadáver, colocándolo en el nicho n° 58. El conserje, Carlos Luis Juan,

---

<sup>171</sup> *Proc.* III, 945 (test 72 Antonio Sánchez Egío).

<sup>172</sup> *Proc.* III, 1033 (test 42 \* Luis López Soler).

<sup>173</sup> *Proc.* II, 496 (test 14 Hna. Alberta Moyano Ramos). El convento de los padres franciscanos, dista poco de Capuchinos, donde según algunos testigos se hizo una parada.

<sup>174</sup> Cf. ORIHUELA, AGHC, *Sección Histórica, Libro I de Defunciones* (1894-1957), 25.

<sup>175</sup> *Proc.* I, 60 (test 1 \* Hna. Salomé Ballester Juárez).

<sup>176</sup> Cf. *El Monte Carmelo*, Año XVIII (1932), 95.

<sup>177</sup> *Proc.* III, 846-847 (test 51 Hna. M<sup>a</sup> Jesús Nicolás López).

que la había conocido, cuando trabajó de albañil en la Casa Madre, da cumplida cuenta, de que fue sepultada por Antonio Ballesta Fernández y José Martínez. También manifiesta el sentir popular: “Era tenida en gran estima y veneración”<sup>178</sup>.

Este acontecimiento multitudinario ocurrido en una ciudad que sobradamente sabía de la enorme labor social y religiosa que realizaban las hermanas carmelitas, apenas si tuvo repercusión en la prensa local. Sólo una breve nota apareció en el boletín diocesano, y junto a otras personas difuntas, se menciona: “También ha muerto en la paz del Señor la M. Rvda. Madre Elisea Oliver, Superiora General y Fundadora de las HH. Terciarias Regulares de Ntra. Sra. del Carmen”<sup>179</sup>. Al parecer, ninguna personalidad se hizo eco de ello. Ciertamente que los políticos no podrían ver con buenos ojos esta manifestación popular de matiz religioso; por esas fechas, se hallaban enzarzados en otros temas relacionados precisamente con los difuntos, según aparece en la sesión supletoria, celebrada en el Ayuntamiento el 19 de noviembre de 1931: “El señor Cubí pide se practiquen las gestiones del caso a fin de cumplimentar el acuerdo de incautarse del cementerio, como se ha hecho en muchas poblaciones, para hacer desaparecer la división que separa el Cementerio Civil”<sup>180</sup>.

Sin embargo, otras publicaciones de ámbito internacional, recogieron una breve reseña histórica de la Sierva de Dios, resaltando su labor como Fundadora, sus virtudes de paciencia, humildad y caridad; así como la afluencia de personas a su entierro, a causa de la veneración en que era tenida por sus conciudadanos<sup>181</sup>. Otra de las mencionadas revistas, publicada igualmente en el mes de abril de 1932 recoge datos sobre la Fundadora y Superiora General de las Carmelitas de Orihuela, elogiando sus virtudes y su actividad apostólica; haciéndose eco, además, de las demostraciones de condolencia que su muerte llevó consigo, entre innumerables personas de distintas edades y condición social.<sup>182</sup>

---

<sup>178</sup> *Proc.* III, 989 (test 80 Carlos Luis Juan).

<sup>179</sup> *Boletín Oficial del Obispado de Orihuela* Año LI (1932), 49.

<sup>180</sup> ORIHUELA, AM, *Acuerdos del Pleno*, Libro nº 55, 41.

<sup>181</sup> Cf. *Analecta*, Vol. VIII, Abril 1932.

<sup>182</sup> Cf. *Il Monte Carmelo*, Año XVIII (1932), 94-95.

Para mantener vivo en su memoria el recuerdo de tan gran pérdida, sus hijas imprimieron una bella esquila mortuoria<sup>183</sup>, que recoge las últimas palabras de la Sierva de Dios y sus consejos.

#### 4. Otros datos sobre el último año de su vida

##### a) *Testimonios autobiográficos*

De esta corta etapa de la vida de la Sierva de Dios, se conocen varios testimonios autobiográficos; unos, llegados a través de quienes convivieron con ella y otros recogidos en las cartas que se conservan, aunque la mayoría fueron destruidas por las propias hermanas a quienes iban dirigidas<sup>184</sup>.

Además de los ya reseñados a lo largo del presente capítulo, recogemos aquí un testimonio que hace referencia a su enfermedad. Ella que, en sus últimos años gozó de poca salud, supo aprovechar esta situación para vivir en humildad, aceptando con paz y sosiego las limitaciones que las circunstancias le proporcionaban: “ ‘Hijas mías, hacedlo todo en salud, nos decía, porque cuando una está enferma, no se da cuenta de nada’. Esto nos lo decía después de su enfermedad en las Encebras, en donde estuvo tan mal, que le administraron los últimos sacramentos”<sup>185</sup>.

A la Sierva de Dios no le faltaba el sentido del humor y sobre todo, el deseo de que las hermanas no sufrieran por ella. Encontrándose gravemente enferma en Encebras, observando que se hallaba junto a ella la Hna. Guadalupe Domenech, pequeña de estatura y muy delgadita, exclamó graciosamente de modo que lo oyeran todas las presentes: “ ‘Fíjate qué puntal tengo yo a mi lado’, dijo al verme tan delgada y menudita”<sup>186</sup>.

La fuerza y el ánimo para sufrir con valentía, los sacaba de su unión con el Señor, de mantener su mirada fija en Jesús, el autor de nuestra salvación, que dio su vida por el rescate de los pecados de todos los hombres. La Hna. Celina Llin, que vivió algunos años con ella afirma: “Nunca la oímos quejarse. Algunas veces nos decía: ‘miremos a Jesús cerca cuando suframos; ofrecedlo todo a Él y veréis hijas mías, qué dulce se hace el sufrir’. Cuando la veíamos padecer tanto, nos decía:

---

<sup>183</sup> Cf. ORIHUELA, AGHC, *Serie Extra A*. 6.1.2. Doc. 13.

<sup>184</sup> Cf. *Proc.* I, 141 (test 7 \* Hna. Sofía Blasco Castro).

<sup>185</sup> *Proc.* II, 443 (test 8 Hna. M<sup>a</sup> Belén Martínez Cascales).

<sup>186</sup> *Proc.* II, 593 (test 26 Hna. Guadalupe Domenech Vives).

‘qué dulce es padecer cerca de Jesús, hijas mías, si sufrir se puede llamar esto’<sup>187</sup>.

En sus cartas, con estilo coloquial y cercano, no oculta sus dolores y sufrimientos: “Yo estoy bastante bien, pero con una penita que me mata”<sup>188</sup>.

Sin embargo, el tema habitual de sus escritos, no es ni mucho menos sus padecimientos personales, sino el ánimo y estímulo que quiere infundir a las hermanas; aunque en determinados momentos deja también traslucir la profunda purificación interior a la que el Señor la tuvo sometida: “No os apuréis, que no pasa nada, y ahora es tiempo de manifestar cada una lo que es, con que buen ánimo y ‘Quien a Dios tiene nada le falta’. Bien merece Jesús que apuremos el cáliz, y a mí bien acibarado me lo hace pasar”<sup>189</sup>.

En otra de sus manifestaciones epistolares aflora su temple varonil, bañado de una profunda confianza en la fuerza y gracia del Señor que la sostenía: “No tengáis miedo a ser valientes con la valentía de los santos, y demostrémosle a Jesús que hay quien le ama, y que estamos dispuestas con su gracia a llegar con Él hasta el calvario”<sup>190</sup>.

A través de numerosos testimonios, se conocen las últimas palabras que la Sierva de Dios pronunció en esta vida, las cuales fueron guardadas en la mente y en el corazón de sus hijas, como un precioso relicario. Su espíritu se gozaba en la alabanza al Señor, y alabándole a Él, le sorprendió la muerte, conforme venimos indicando.

#### *b) En los biógrafos*

El P. López Melús, en su biografía *Alabado sea Dios*, recoge con amplitud el último año de vida de la Sierva de Dios, dedicando íntegro el capítulo 20 del texto. Tiene la excepcional importancia de utilizar los testimonios de primera mano, como fueron las hermanas protagonistas de los acontecimientos. Reseñaremos aquí uno de estos hechos, ocurrido en el mes de octubre de 1931, que hizo sufrir intensamente a la M. Elisea. Se trata de la clausura del colegio que las hermanas regentaban en Orihuela.

---

<sup>187</sup> *Proc.* II, 545 (test 22 Hna. Celina Llin Tormo).

<sup>188</sup> *ProcDoc.* IV, 141.

<sup>189</sup> *Ibíd.*, 142-143.

<sup>190</sup> *Ibíd.*, 140.

Con anterioridad a estas fechas, ya habían sido cerrados, por orden gubernamental, otros colegios carmelitas de la provincia de Alicante. El colegio-patronato de Orihuela, dedicado a niñas y jóvenes de escasos recursos económicos, contó desde su origen con el apoyo de los padres jesuitas que dirigían el colegio de Santo Domingo, y aunque éste fue cerrado y expulsados sus moradores, el pequeño colegio situado cerca de él, en la calle Adolfo Claravana, continuaba su humilde y sencilla labor docente. A pesar de la expresa prohibición que el gobierno republicano había dictado sobre el mantenimiento de colegios religiosos, las autoridades civiles oriolanas no llevaron a la práctica el mandato, quizá por las características especiales del colegio-patronato en cuestión. Sin embargo, las idas y venidas de las hermanas que lo regentaban, estuvieron salpicadas de sustos y temores, cuando se desplazaban desde él hasta el convento del Carmen. La directora del mismo así lo describe: “Al comenzar la República estaba yo en el Patronato de la “Joven cristiana”, que teníamos a nuestro cargo, fundado por los Padres Jesuitas. Íbamos unas Hermanas para el convento, cuando encontramos un camión con unos cuantos “rojos”, deseosos de asustar y hacer mal: ‘¡Ea! moscardones, pronto terminaréis de lucir por esas calles, ya dentro de poco segarán esos cuellos’, nos dijeron”<sup>191</sup>.

Del ambiente anticlerical, se podía esperar cualquier cosa referente al futuro del centro educativo. Las autoridades civiles, probablemente estaban a la expectativa, esperando alguna ocasión propicia, que utilizaron incluso distorsionando la realidad.

La ocasión llegó el día 20 de octubre, fiesta de Sta. Irene. La Hna. Irene Benavent se hallaba en la clase y según ella misma dice: “Estaban las niñas de fiesta, y ¡cosas de la edad!, al verme gritaron: ‘¡Viva la Hna. Irene!’. Yo dije bajito: ‘¡Viva Cristo Rey!’ ”<sup>192</sup>. Fue suficiente para que de inmediato llegara un policía preguntando por la citada hermana y notificándole: “Está usted denunciada por haber dicho una sola vez ‘Viva Cristo Rey’ ”. En situación tan embarazosa recurrió a la M. Elisea, explicándole lo que había pasado, temerosa por creer que había cometido una imprudencia. Pero ésta en lugar de recriminarle, la abrazó y alentó quitándole miedos.

Al día siguiente recibieron la notificación de que el colegio quedaba clausurado. De tal decisión se informó semanas más tarde en el pleno

---

<sup>191</sup> LÓPEZ MELÚS, *Alabado sea Dios*, 280-281.

<sup>192</sup> *Ibid.*, 281.



del ayuntamiento y a petición de uno de los concejales, el Sr. Presidente indica “que con gusto da cualquier clase de facilidades y explicaciones, a pesar de tratarse de asunto de la exclusiva competencia de la Alcaldía, dice que el Colegio de las Carmelitas de la calle Adolfo Claravana, se clausuró en vista de la campaña sectaria y monárquica que venía haciendo y después de comprobar plenamente que se hacía dar a las niñas vivas al rey, que se les enseñaba canciones contra la República y que carecía de la autorización necesaria para funcionar exigida para los colegios privados”<sup>193</sup>.

La manipulación malintencionada del incidente llevó consigo, no sólo la clausura del centro, sino también la comparecencia ante el alcalde de la hermana denunciada. La Sierva de Dios recomendó a ésta antes de partir: “Por nada del mundo digas que no lo has dicho; siempre la verdad, que no te arrepentirás nunca, y si algo quieren de ti, di : Somos dos, tu y tu Madre; que lo que quieran de ti, será de mí. Vete en paz, Hija”<sup>194</sup>. Con estas palabras de estímulo y fortaleza, partió la hermana a la cita con el alcalde. La Sierva de Dios se quedó encomendando el asunto a la Virgen, segura y confiada de que no ocurriría nada desagradable, como así fue. La misma Hna. Irene finaliza el relato diciendo: “Me abrazó y dijo: ‘A los pies de nuestra Santísima Madre te espero’. Así fue, pues a mi regreso la encontré arrodillada ante la Virgen intercediendo por su Hija”<sup>195</sup>.

### *c) En testimonios del proceso*

Con referencia a su enfermedad aportamos otros datos de interés; Luis Poveda quien vivía en Encebras dice: “Recuerdo la enfermedad de Madre Elisea cuando vino a finales de 1930. Vino ya un poco fastidiada. Pasó aquí unos días y cada día iba peor. Quería devolver y no podía. Tenía fatiga y angustia. D. Vicente Candela le dio la Extremaunción, y se la llevaron malita a Orihuela. Luego fuimos Doña Matilde y yo a verla. Estuvimos allí, en Orihuela, tres días”<sup>196</sup>.

También referente a su salud, otra testigo recordará los últimos momentos, en los que se juntó a la diabetes, el ahogo propio de la

---

<sup>193</sup> ORIHUELA, AM, *Actas Capitulares*, Libro nº 55, 3 noviembre 1931, 31.

<sup>194</sup> LÓPEZ MELÚS, *Alabado sea Dios*, 282.

<sup>195</sup> *Ibíd.*

<sup>196</sup> *Proc.* III, 967 (test 76 Luis Poveda Pérez).

agonía: “Ella estuvo siempre diabética. Antes de morir, en su agonía, tenía un ronquido muy fuerte que se oía abajo”<sup>197</sup>.

Pero el recuerdo que ha prevalecido de la Sierva de Dios es su serenidad y entereza ante el sufrimiento, y su actitud de fe incondicional, para aceptar con fortaleza la voluntad del Señor, aunque ésta fuera dolorosa. Así lo recoge otra de las testigos oculares: “La M. Elisea era muy serena en todas las adversidades. Yo pienso que la fe era la que la sostenía. Por ejemplo, cuando llegó la República en abril del año 1931, me encontraba yo en Alicante. Tuvimos que salir por los tejados y llevadas por un convoy militar hasta la Casa Madre de Orihuela. Recuerdo que M. Elisea lloraba amargamente de vernos a todas vestidas de seglar”<sup>198</sup>.

Recogemos finalmente el testimonio de otra de las personas que la trataron muy de cerca en aquellos últimos meses de disturbios políticos y de persecución religiosa: “Con todo esto, M. Elisea sufrió mucho, pero lo llevaba todo con gran paciencia y conformidad cristiana, alentándonos y dándonos ánimos para que fuéramos fieles y confiáramos en Dios”<sup>199</sup>.

---

<sup>197</sup> *Proc.* II, 538 (test 21 Hna. Perseverancia Leiva Martín).

<sup>198</sup> *Proc.* I, 194 (test 12 \* Asunción Sánchez Gil).

<sup>199</sup> *Proc.* I, 127 (test 5 \* Antonia Cabrera Cayuelas).